

"Fe y discernimiento en la Sagrada Escritura, enfocado al mundo juvenil" (Texto provisional – Conferencia en Poio, 17 de septiembre de 2018)

Elisa Estévez López

Universidad Pontificia Comillas (Madrid)

Introducción

Desde que hace ya casi un año, la Iglesia comenzó el camino de preparación para la XV Asamblea General ordinaria del Sínodo de los obispos, "Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional" con un interrogante de fondo: "cómo *acompañar a los jóvenes para que reconozcan y acojan la llamada al amor y a la vida en plenitud*"¹, y encuentren la *alegría del amor*² en el entramado de opciones y acciones que van configurando su existencia como vocación.

La pregunta, en realidad, es una nueva oportunidad para quienes caminamos tras las huellas de Jesús de ser testigos del don que llevamos en vasijas de barro: "somos vocación", esa es la esencia de nuestra identidad. Hemos descubierto la vida como vocación y esto nos llena de alegría y agradecimiento. Dios nos ha llamado por amor y ha querido comunicarse y relacionarse con cada uno/a, estableciendo una relación de comunión con nosotros que abre también el camino a la comunión con cada ser humano³. Es la fuerza de los testigos la que persuade y no los grandes discursos (EN 41).

El deseo que la Iglesia siente de ser compañera de camino de los jóvenes en el descubrimiento de lo más nuclear de su identidad, "ser vocación", es también una invitación a recrear el don y avivar el sentido de misión, de ser llamada a vivir en comunión con Dios y con todos los hombres y mujeres. Nadie puede ser testigo de aquello que no vive, ni un ciego puede guiar a otro ciego (cf. Lc 6,39). Como la mujer que remueve toda la casa hasta que encuentra la dracma perdida, el cuidado de la fe implica ponerse y ejercitarse cada día en no perder el don de Dios y en ayudar a que otros no lo pierdan. Nutrirse de la Palabra, dejarse interrogar y cuestionar, consentir en ser transformados por su fuerza y su espíritu, hace viable que la Iglesia entera se viva como

¹ Cf. Documento preparatorio para la XV Asamblea General ordinaria del Sínodo de los obispos: "Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional", enero 2018.

² Cf. *Instrumentum laboris* de la XV Asamblea General ordinaria del Sínodo de los obispos: "Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional", n.76, junio 2018.

³ "La razón más alta de la dignidad humana está en su vocación a la comunicación con Dios. El hombre está invitado, desde que nace, a un coloquio con Dios, pues no existe sino porque creado por Dios por amor, debe su conservación a ese mismo amor, y no vive de verdad si no reconoce libremente ese amor y se entrega a su creador (GS 19). La comunión con Dios implica la comunión entre los seres humanos: "Y plugo a Dios llamar a los hombres a la participación de su vida no sólo uno a uno, sin conexión alguna entre sí, sino constituirlos en pueblo, en el que se congreguen formando unidas sus hijos, que estaban dispersos" (AG 2).

“*memoria Iesu Christi*”, y de ese modo se acredita para ser compañera de camino de los jóvenes que buscan el sentido de sus vidas.

Pero, al hacerse esta pregunta, la Iglesia ha tomado igualmente conciencia de que necesita discernir hoy cómo ser testigo de la Buena noticia en medio del mundo. Y para ello, necesita escuchar a los jóvenes en las distintas realidades y contextos donde sus vidas se desenvuelven: qué desafíos afrontan, qué dificultades sienten, cuál es el entramado que sostiene sus vidas, qué códigos de significado comparten, qué caminos de futuro vislumbran, cómo viven la fe en medio de sociedades complejas, cambiantes, inciertas, desiguales e injustas, etc. Ellos y ellas son sujetos con quienes dialogar y con quienes caminar y comprometerse en una sociedad en cambio: “Escuchando sus aspiraciones podemos entrever el mundo del mañana que se aproxima y las vías que la Iglesia está llamada a recorrer”⁴.

¿Cómo puede iluminar la Escritura los itinerarios existenciales de los jóvenes que buscan sentido a sus vidas, que desean “una vida feliz”, y que quieren comprometerse con proyectos de “vida buena” (*eudaimonia*) que quieren impulsar con otros, conscientes - y a veces inconscientes- de las “sombras” y “desafíos”, que es preciso nombrar y repensar? O cuando no encuentran nada ilusionante y hasta rompen sus iPhones y sus iPads para conseguir algo que trastoque su tedioso mundo, como los personajes de la novela de la joven escritora Ronja Von Rönne⁵.

¿Cómo puede dar luz al modo de acompañar que la Iglesia puede ofrecer a los jóvenes hoy?

Me voy a situar, por tanto, en la perspectiva de cómo ilumina la Escritura el camino de crecimiento en la fe de los/as jóvenes hoy EN CONTEXTO, qué pistas encontramos en la Escritura para acompañarlos en el descubrimiento de su vida como vocación en los diversos itinerarios existenciales que emprenden, y qué claves de discernimiento. Y al hilo de esto, cómo podemos religiosos, laicos/as... acompañar esos itinerarios vitales de los jóvenes.

1. Descubrir y acoger la vida como vocación

Siempre me ha resultado muy sugerente un texto de Ortega y Gasset, en el que identificaba la vocación como esa voz que, desde lo más profundo, invita a cada persona a elegir “su auténtico ser” entre sus “varios seres posibles”⁶. Con todo no es fácil que la pregunta emerja de lo más profundo de nosotros mismos. Son muchas las distracciones que acallan esa pregunta radical e inquietante: ¿Quién soy yo? ¿Qué voy a hacer de mí? (Zubiri) ¿Hacia dónde se encamina mi vida? ¿Por qué y para qué vivir? ¿De dónde vengo y a dónde voy?

Los jóvenes no son una excepción... y corren el riesgo de instalarse en un estilo de vida habituado a hacerse preguntas con minúscula: que es lo que me gusta y qué me resulta desagradable, qué me sirve y que es inútil, qué me da satisfacción y qué no... Preguntas referidas a la utilidad de algo o incluso de alguien, al funcionamiento de un objeto...

⁴ Cf. Documento preparatorio para la XV Asamblea General ordinaria del Sínodo de los obispos: “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”, enero 2018.

⁵ RONJA VON RÖNNE, *Ya vamos*, Alianza, Madrid 2017, 66-67.

⁶ Cf. JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *En torno a Galileo*, Espasa Calpe, Madrid 1996, 251-252.

preguntas pasajeras y provisionales referidas a cosas concretas (tiempos, lugares, objetos...). Especialmente en aquellos contextos culturales marcados por el individualismo, el consumismo, el materialismo y el hedonismo narcisista, el culto al ocio y al cuerpo, culturas donde se impone la posverdad y predominan las apariencias, etc. contextos en definitiva que pueden conducir a un “vacío existencial indoloro”⁷ y llegan a *narcotizar* la pregunta por el sentido. “El joven *selfie* -dice José Rodríguez Carballo- se inhibe de preguntar: se detiene satisfecho frente a respuestas de corto alcance, evita preguntas que inquieten el corazón, con lo cual todo corre el riesgo de volverse plano y de desteñirse, todo se vuelve sabido y automático, pronto par ser usado y consumido”⁸.

Sin embargo, el ser humano es capaz también de preguntas con mayúscula, interrogantes que enfrentan al ser humano con el sentido de la existencia: la existencia de Dios, por el sentido del mal en el mundo, por el valor de la felicidad, por el más allá de la muerte... Preguntas incómodas y mucho más difícil de responder, que surgen a partir de “situaciones-límite de las que no disponemos en absoluto, que se imponen a nosotros, nos afectan de forma global y radical, nos ponen en cuestión y desestabilizan la seguridad inconsciente en que nos habíamos instalado”, como la muerte de alguien muy querido, o la enfermedad, o una desgracia... pero también una alegría que desborda y de la que se tiene conciencia de no disponer⁹. Todas ellas “dilatan la propia conciencia, desencadenan sentimientos nuevos y abren la percepción de dimensiones de lo real ocultas hasta ese momento”¹⁰. El “sentido -dice Olegario González de Cardedal- es lo que crea el ámbito necesario para respirar con holgura, para existir sin sobresalto, para avanzar confiados hacia el futuro, para asumir la vida en propia mano, para confiar en que el empeño de nuestros días no será en vano ni nuestro amor cenizas”¹¹.

Hoy asistimos a un resurgir de la búsqueda del ser humano por dar valor y sentido a su propia vida, y signo de ello es la demanda por encontrar espacios donde cultivar la interioridad, el gusto por la espiritualidad (de formas eso sí, muy diversas). Los jóvenes, reconoce el *Instrumentum laboris* del Sínodo de los Jóvenes, “son grandes buscadores de sentido y todo aquello que se pone en sintonía con su búsqueda para dar valor a sus vidas, llama su atención y motiva su compromiso”.

¿Cómo acompañar a los jóvenes en esa búsqueda de dar valor a sus vidas, a vivirla con holgura, con confianza y con amor, con esperanza? ¿Cómo ayudarles a reconocer esa “voz” que desde dentro les invita a elegir su auténtico ser y que les sitúa en camino hacia una vida plena? ¿Quién es esa voz que emerge desde su más íntimo y secreto fondo?

El sentido no es algo se tiene en propiedad, sino que pertenece al ser. No arraiga en la lógica del tener, sino del ser¹². Y, por ello mismo, esa búsqueda supone adentrarse en uno mismo, ponerse a la escucha de esa voz que llama a elegir la propia vida, con conciencia, libertad y responsabilidad, y que invita a dar sentido, orientación y

⁷ Cf. GILLES LIPOVETSKI, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*, Editorial Anagrama, Barcelona 1995, 76.

⁸ JOSÉ RODRÍGUEZ CARBALLO, “Los jóvenes, la fe y la vida consagrada”, *Revista CONFER* 57 (2018) 130.

⁹ Cf. JUAN MARTÍN VELASCO, “La opción fundamental: ¿Quién soy yo, qué voy a hacer de mí?”, *Sal Terrae*, Abril 1974.

¹⁰ Cf. JUAN MARTÍN VELASCO, “La opción fundamental: ¿Quién soy yo, qué voy a hacer de mí?”, *Sal Terrae*, Abril 1974.

¹¹ OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL, “Prólogo” en Adolphe Gesché, *El sentido*, Sígueme, Salamanca 2004, 9.

¹² Cf. FRANCESC TORRALBA, *Pedagogía del sentido*, PPC, Madrid 1997, 55.

horizonte a la propia vida. Pero, además, esa búsqueda conlleva ante todo ponerse a la escucha de la voz de Dios que llama a vivir en plenitud y que se reconoce a partir de mediaciones humanas: la propia manera de ser, experiencias y situaciones existenciales, cualidades personales...; pero también los otros/as, la familia, los amigos/as, el contexto social, cultural, etc. El desafío es cómo ayudar a identificar esa voz a las generaciones más jóvenes.

1.1. Una voz que llega en la noche: la llamada de Samuel

La llamada de Samuel es un buen icono de esa voz “extraña, emergente de no sabemos qué íntimo y secreto fondo nuestro” que se hace sentir e invita a vivirse como vocación, es decir, como alguien llamado para una misión. Esa voz que llega de manera inesperada y que de manera insistente irrumpe en la vida de Samuel es Dios, aunque Samuel no lo sabe.

La voz se deja sentir repetidamente (1Sam 3,4.6.8.10). Al escucharla Samuel se dirige a Eli, el sacerdote. No identifica de quién es la voz que le llama: “todavía no conocía al Señor, ni se le había revelado su palabra” (1Sam 3,7). Está desorientado, a la vez que dispuesto a seguir la voz que escucha, la llamada que percibe (“Aquí estoy”, es la respuesta inmediata del muchacho). Siente algo en su interior que le interpela, que le solicita... pero no sabe qué o quién es. Y, sin embargo, siente como una necesidad “atender” a lo que está ocurriendo y por eso se dirige a Elí... creyendo que es él quien le llama.

Es Elí quien le orienta en la búsqueda y le orienta hacia Dios. Se reconoce, como veremos, su papel de mediación en la búsqueda de Samuel. Así lo hace Samuel que la próxima vez que escucha voz, responde: “Habla que tu servidor escucha” (1Sam 3,10). La concisión del relato puede hacernos pasar por alto el proceso vivido por Samuel. Sin embargo, de manera indirecta se alude a él. Samuel escuchó varias veces esa voz en su interior y su búsqueda tuvo distintos momentos hasta que finalmente se orienta en la dirección adecuada. Su respuesta, en clave cristiana, fue fruto de la gracia, del Espíritu que responde en él, de modo que Samuel asiente a la llamada. Nada de voluntarismo. Aunque el relato no lo exprese, bien podemos comprender que Samuel sintió esa atracción irresistible a la misión para la que Dios le había llamado.

La llamada interpeló la libertad y autonomía de Samuel que consintió a la llamada, que se fue concretando en su misión como profeta. Samuel, dice el relato, siguió creciendo (*gdl*), escuchando la revelación de Dios hasta convertirse en profeta acreditado ante Dios (1Sam 3,19-20). De nuevo, el relato alude al proceso que es necesario para que el horizonte de sentido al que se ha dicho que sí, se vaya concretando poco a poco en la vida, se vaya acreditando en hechos y palabras, en orientaciones y estilos de vida, etc.

La voz que llama llega en distintos momentos existenciales, y es preciso estar atentos/as a ellas. Dios se comunica de muchas maneras, sale al encuentro sorprendiendo. Esa es su marca, sin duda. Ya llegará el momento de ahondar en la llamada, de purificarla, de afinar el oído...

1.2. “Voy a acercarme para ver este extraño caso; por qué no se consume la zarza”, Ex 3,3

A Samuel como hemos visto llegó en medio de la noche. A otros les llega en otras situaciones: a Moisés es la curiosidad la que lleva hasta Dios. Dios se le hace el encontradizo en la montaña del Horeb (“se le apareció el ángel de Yahveh”) y, en un primer momento, Moisés solo descubre una zarza ardiendo que no se consume (“voy a acercarme para ver este extraño caso; por qué no se consume la zarza”, Ex 3,3). Algo le ha sorprendido, un hecho que ciertamente era para ello, que había tenido la suficiente fuerza para atraerlo y provocarle al cambio, invitarle a salir de sus esquemas, de su mundo conocido, para adentrarse en otro totalmente nuevo, en una experiencia que había de transformarle radicalmente. Moisés se deja sorprender, se interroga por aquello que ha visto, se deja guiar por el signo que se le ha dado en el camino y se muestra dispuesto a entrar, a acoger la novedad de lo que se le ha regalado en ese momento de su historia.

Dios mismo le ha ofrecido el signo. Es, como dice Martín Velasco, la *carta personal* que Dios le dirige. Por ello, Dios le salió a Moisés en su vida ordinaria de pastor, en la tarea que habitualmente realizaba. Pero para descubrirlo, Moisés muestra una manera de estar importante: atención intensa y despierta, se deja llevar hacia donde el signo invita a ir (“seguir la flecha”), consentir en ser remitidas a algún lugar o a alguna persona.

El texto dice que Moisés dijo: “Voy a desviarme y observar este gran fenómeno de por qué no se consume la zarza” (Ex 3,3), es decir, Moisés se desvió de donde estaba con su rebaño, se apartó, salió de su mundo conocido y, en cierto sentido, “dominado”, para adentrarse en otro camino, allí donde se hallaba esa presencia que lo llamaba y lo atraía, y que también desconocía. De su parte, puso lo necesario para el encuentro. Se puso en camino, en movimiento, salió de sí, abrió la puerta al que estaba llamando y Dios entró en “su casa” (“Mira estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré en su casa y cenaré con él y él conmigo”, Ap 3,20).

Además, el texto dice que quería “mirar” y “saber” por qué la zarza ardía sin consumirse. Es capaz de interrogarse y abrirse a ser cuestionado. Y esto le va a permitir adentrarse en la gran pregunta por el sentido de su vida que, desde ese momento, quedará ligado a Dios y a su proyecto liberador.

Moisés se acerca (“voy a acercarme”, Ex 3,3). Su actitud hace posible que Dios irrumpa en su espacio, y como el amor, lo hace sin avasallar ni conquistar. Dios se le ofrece cuando Moisés se acerca, se abre paso no por la fuerza, sino porque le ama y desea incorporarlo a su proyecto de amor (Ex 3,10: “Ahora, pues, ve: yo te envío a Faraón, para que saques a mi pueblo los israelitas, de Egipto”).

Al acercarse Moisés muestra su confianza que se traduce en el “heme aquí” (Ex 3,4) que pronuncia en cuanto oye su nombre. Ha consentido a la Presencia y ha respondido de la única manera que es posible para quien cree, como María: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38). Por eso, Dios obrará maravillas inesperadas en él. Dios superará todas sus expectativas vinculándolo al proyecto de liberación de su pueblo. Y lo hará, según su propio querer, no según el modo en que Moisés sabía, no según su propio esquema de “liberador”.

Hay otros muchos relatos donde se narran encuentros con Dios en múltiples situaciones: A los magos, otro signo será el que les invita a ponerse en camino para buscar y adorar a Jesús: “¿Dónde está el rey de los judíos?, porque hemos visto su estrella y venimos a adorarlo” (Mt 2,2). A los pastores les pone en movimiento el anuncio de una gran alegría: “Os anuncio una gran alegría: os ha nacido hoy un salvador que es el Mesías, el Señor” (Lc 2,10-11). A los de Emaús, cuando regresan desconcertados y desalentados, cuando la desesperanza ha anidado en sus corazones (Lc 24). A la suegra de Pedro mientras estaba enferma (Mt 8,14-17). A Natanael *en la búsqueda sincera de Dios, aunque tuviera prejuicios hacia Jesús* en un primer momento (Jn 1,45-51), a los dos discípulos del Bautista que salen al camino a buscarle porque *quieren ver dónde habita* (Jn 1,37-39); a Zaqueo que *trata por todos los medios de ver a Jesús, y él “se invita a su casa”* (Lc 19,1-10) ...

Ahí quedan para que podamos profundizar en estos relatos que ayudan a tomar conciencia de cómo Dios se deja sentir en todas las circunstancias de la vida, aquellas más dolorosas o aquellas más alegres, etc. De lo que se trata es de permanecer en la búsqueda, o permanecer con quien está en esa búsqueda o siente una voz en su interior que le sale al encuentro, le inquieta...

2. Reconocer a Dios en la voz que nace de lo más profundo

No resulta fácil para los jóvenes hoy reconocer a Dios, ni tan siquiera el deseo de Él que anida en sus corazones. Viven en una cultura del espectáculo, de la rapidez, de la diversión, del entretenimiento, que les dificulta para hacer silencio, para esperar y ejercitarse en la escucha, en la paciencia... Para que emerja “su mejor posibilidad futura”, esa que están llamados a ser, necesitan vivir conectados consigo mismos, con sus fuentes internas, con el corazón. O en palabras de Teresa de Jesús, conectados *con las aguas viva de la vida que es Dios, donde arraiga toda vida humana* (1M 2.1). Los jóvenes necesitan descubrir su centro vital habitado y encontrar el tesoro por el que realmente merece la pena vender cuanto se tiene y re-iniciar la vida con nuevos criterios y valores, con un estilo diferente. Esa es la experiencia a la que invita la parábola del tesoro en el campo (cf. Mt 13,44). “El corazón -nos dice Melloni- es ... esa piedra angular (Sal 118,22) que sostiene el edificio de nuestra persona, constituyendo nuestro ser”¹³. Pero, además, cuando se accede al corazón, es posible irradiar vida también para los otros, ser tierra fértil, árbol que puede cobijar a muchos bajo su sombra (cf. Mt 13,31-32).

Entre las distintas mediaciones, una muy importante a través de la cual Dios se hace sentir como Presencia que llama, son los deseos que el joven -y cualquier persona- encuentra dentro sí: deseos de justicia, de entregarse y amar, de reconciliación, de generar y dar paz ... Lo expresa muy bien el estribillo de un canto de Maite López cuando dice: “Bienvenidos seáis, deseos míos, quedaos conmigo acompañad mi camino, recordadme que estoy viva, que no estoy sola que alguien os puso en mí”. Deseos que interrogan, inquietan, movilizan... y hacen sentir esa sed de plenitud, a la

¹³ XAVIER MELLONI, «El centro que nos descentra». Un espíritu que derramándose en nuestro interior nos abre a la realidad”, *Sal Terrae* Enero (1998) 17-26.

vez que dirigen la mirada a Quien solo puede dar vida plena: “nos hiciste, Señor, para ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en ti”, decía San Agustín¹⁴.

2.1. Suscitar el Deseo de plenitud: la mujer de Samaría

En el diálogo de Jesús con la mujer de Samaría, ésta se hace primero consciente del anhelo de vida en plenitud, y después de quién es el que puede llenarlo. En realidad, es Jesús quien suscita el deseo, quien engendra la pregunta en la mujer y la hace alumbrar en su corazón, quien en el diálogo la abre al deseo de vivir la existencia no como algo ya dado, sino como algo que se le va dando, algo que tiene un cómo y un porqué, no sólo un qué.

Jesús la seduce desde la hondura de su ser y lo hace a partir de con una petición muy simple:¹⁵ “dame de beber” (Jn 4,7), y sin forzarla¹⁶. En el diálogo que mantiene con ella, le hace desear el “agua viva” que ha de calmar definitivamente su sed: “el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé se convertirá en él en fuente de agua que brota para vida eterna” (Jn 4,14). De la mano de Jesús, la samaritana inicia un primer éxodo que implica dar el salto de las necesidades sentidas (materiales, psicológicas...) a una reestructuración personal que tiene su punto de partida en la acogida del Dios de la Vida.

Jesús acoge a la mujer con inmensa ternura, no la condena. Abre para ella un espacio de confianza en el que ella puede decirse a sí misma y expresarse con plena libertad. Jesús la reconoce en la legitimidad de sus aspiraciones como ser humano, pero al mismo tiempo la resitúa en un nuevo horizonte salvífico. Como también hizo con el joven rico (Mc 10), Jesús reorienta los deseos de su corazón integrándolos en una dinámica de salvación y liberación, de modo que la mujer llega a decir: “Señor, dame de esa agua, para que no tenga más sed y no tenga que venir a sacarla” (Jn 4,15). A partir de este encuentro, la mujer va aprendiendo a vivirse en actitud referencial, es decir, referida al Hontanar que calmará para siempre y del todo su sed, sus viejos deseos insatisfechos, sus aspiraciones, etc.

2.3. Mistagogos del deseo

También hoy los jóvenes necesitan mistagogos del deseo que les ayuden a encontrar orientación en la aventura de todos los anhelos, de todas las búsquedas, de todos los impulsos y pasiones, de todos los hallazgos y extravíos entre los que sus existencias se mueven hasta alcanzar esa plenitud a la que aspiran y que está inscrita en lo más profundo de su ser¹⁷. Precisan encontrar a personas que no juzguen sus búsquedas, sus caminos, sus tanteos... sino que estén a su lado y los acompañen con propuestas flexibles que les permitan elegir por sí mismos. Quieren a su lado personas que no busquen convencerles de nada, sino que en diálogo con ellos les presenten propuestas,

¹⁴ Conf. 1,1.

¹⁵ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el evangelio de San Juan*, 31,4.

¹⁶ “Atiende a la sabiduría de Cristo y a cómo eleva a la mujer sin forzar la situación”. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el evangelio de San Juan*, 32,1.

¹⁷ Cf. XAVIER MELLONI, *El deseo esencial*, Sal Terrae, Santander 2009, 11-13.

itinerarios... que les persuadan porque les fascinan, y que les permitan soñar juntos y enganchar a otros en los sueños compartidos.

Los *millennials* y la generación Z, se involucran cuando se sienten fascinados por el proyecto, cuando la tarea que se les ofrece no es cerrada y se lleva adelante en equipo, haciendo confluir las energías colectivas, en sinergia con otros¹⁸. Pero, distraemos a los jóvenes cuando les involucramos solamente en tareas, en servicios, en voluntariados... por muy atractivos que sean. Esas propuestas necesitan también ir acompañadas también de espacios para que personal y en grupo, los jóvenes puedan llegar al centro de sus vidas, *habitar el propio centro* que paradójicamente les descentra y les abre a los otros, al mundo, a la creación, a Dios. Los jóvenes pueden llegar buscando “hacer”, involucrarse en un proyecto que les atrae. A nosotros nos toca *intencionar* que esos proyectos vayan más allá, que sean oportunidad y camino hacia el centro, el lugar donde Dios sondea y conoce el corazón, donde le capacita para abrirse a su Proyecto de Amor, desde donde va conduciendo a cada persona hacia su “camino eterno” (cf. Sal 139).

Esto pide a los cristianos/as, a las comunidades religiosas y laicales, a las Parroquias, a la Iglesia, preguntarse por su capacidad para dejarse sorprender y que los jóvenes irruman en su mundo, cambien los ritmos, las dinámicas, desestructuren sus tiempos y sus espacios... trastoken sus modos de vivir, pensar, sentir y hacer. Requiere que la vida consagrada y las comunidades laicales, parroquiales, etc. dejen certezas heredadas, y esté dispuesta a deconstruir elementos constituyentes de su forma *propia* de ver el mundo, para después reconstruirlos a la luz de una perspectiva más amplia.

3. Descubrirse como vocación en contexto

3.1. Un cambio de paradigma: identidades híbridas y mundos plurales

La diversidad es el marco en el que se construyen las sociedades actuales y en el que se desenvuelve la vida de los jóvenes. Hoy las identidades son híbridas y los mundos plurales. El paradigma ha cambiado radicalmente. Los jóvenes son “buscadores” que pueden emprender varios caminos, habitar mundos plurales, cultivar distintas pertenencias, entrar y salir de mundos diferentes e incluso aparentemente opuestos, utilizar distintas fuentes en sus prácticas creativas... Huyen de estructuras que los aprisionan o reclaman una pertenencia única y fija. La fluidez, variedad e hibridación cultural están presentes en la configuración de las subjetividades y las identidades juveniles, que son hoy más deslocalizadas y no homogéneas¹⁹.

El contexto en el que se preguntan quiénes son y qué hacer con su vida ya no es monocolor, ni valora por encima de todo las esencias y la estabilidad²⁰. Por lo tanto, acompañar sus búsquedas supone adentrarse con ellos en ese nuevo paradigma que es la diversidad, comprender cómo transitan los jóvenes en la búsqueda y construcción de

¹⁸ “La generación transracional necesita de la fascinación para involucrarse en un proceso de aprendizaje”. JOSÉ MARÍA BAUTISTA, *Todo ha cambiado con la Generación Y. 40 paradigmas que mueven el mundo*, Frontera Eguian 71 (2010) 25.

¹⁹ Cf. Pam Nilan y Carles Feixa, “¿Una juventud global? Identidades híbridas, mundos plurales”, en CARLES FEIXA, *De la Generación@ a la #Generación. La juventud en la era digital*, Barcelona, Ned, 2014, o.c., 43.

²⁰ Cada vez más se va dando el paso de del viejo ideal de persona como “mónada” a una nueva manera de ser caracterizada por ser “nómada”, viajero entre distintos mundos y culturas”. Wolfgang Welsch, “¿Qué es la transculturalidad?”, 19.

sus identidades. Solo así es posible acompañarlos en el descubrimiento de que Jesús y su Proyecto de Amor pueden ser la respuesta que buscan a sus anhelos de vida plena.

En ese entrelazado de pertenencias, de mundos plurales por los que transitan, Dios se hace presente invitando a los jóvenes a crecer, a reconocer la llamada a la Vida plena que late en su interior. “Somos -nos dice Joaquín García Roca- espacios de intersección entre distintas tradiciones culturales, conglomerado de civilizaciones y de tradiciones, confluencia de historias, genes, horizontes y expectativas diferenciadas”, y esos espacios de intersección son oportunidad de Gracia y llevan el *soplo incorruptible de Dios* (Sab 12,1). Ahora bien, esto se hace posible para quien vive *conectado con lo profundo del corazón*, con lo más hondo de su ser, allí donde habita Dios y donde se da la comunicación con él, donde es posible reconocer los movimientos del Espíritu que iluminan y alientan, donde se abre el camino para colaborar con él²¹.

Podríamos decir que, en un mundo en el que asistimos a la ruptura de fronteras físicas, culturales y simbólicas, en el que se entra en relación con múltiples tradiciones, historias, espiritualidades y/o religiones ... bien sea a través de los viajes (muchas veces forzados), el trabajo, los estudios, internet, la calle... y muchas veces por el hambre y las guerras, las identidades se están haciendo en cada momento, fruto de la interrelación y la reciprocidad²². Los *contextos cotidianos* son verdaderos ámbitos configuradores de la identidad y encierran un mensaje de sentido y revelación para cada persona, para cada joven.

Este mestizaje que configura las sociedades actuales y forma parte “natural” de las existencias de los jóvenes, enmarca necesariamente sus búsquedas en el encuentro con los otros, los diferentes, a quienes necesita para comprenderse a sí mismo y para dar un sentido a su vida. “Yo no soy sin los otros”, ya decía Martin Buber.

Por un lado, esas diversas pertenencias, esos mundos plurales con los que entran en relación, les ayudan a purificar las propias creencias, los propios valores y modos de actuar; y, por otro lado, suponen un enriquecimiento que permite descubrir nuevos horizontes, abrirse a nuevos territorios. Todo ello va madurando lentamente, abriéndose a una síntesis creadora que es singular en cada persona y a la que se llega cuando todos esos componentes de la identidad se van articulando en torno al horizonte de sentido que se descubre como propio. Esto supone una apuesta por vivir la vida en dinámica de proceso y con voluntad de integración según la vocación. Pero no es fácil llegar a ello, ya que el conflicto, la confusión... también se da, y es necesario que alguien ayude a poner luz, a clarificar y ordenar...

No todos los componentes de identidad o todas esas pertenencias tienen, claro está, la misma importancia, o al menos no la tienen simultáneamente. De ahí la importancia de aprender a jerarquizarlas y ahí es donde la pregunta por la propia vocación juega un papel fundamental. Cuando los jóvenes descubren “su auténtico ser”, éste cataliza y gestiona la identidad compleja. No suprime otros aspectos de su identidad, sino que los integra y asume, estableciendo un diálogo creador y fecundo, orientando a los jóvenes hacia proyectos de futuro: *¿hacia dónde vas?*”, ¿A dónde queremos ir juntos?

²¹ Cf. SIMONE PACOTT, *Evangelizar lo profundo del corazón. Aceptar los límites y curar las heridas*, Narcea, Madrid 2001, 56-57.

²² Cf. JAVIER MELLONI, *Hacia un tiempo de síntesis*, Fragmenta editorial, 39.

3.1. Un haz entrelazado de pertenencias: la identidad de Pablo de Tarso

Proponemos, en primer lugar, el icono de Pablo de Tarso. La suya es una identidad configurada de múltiples pertenencias: “Circuncidado al octavo día; del linaje de Israel; de la tribu de Benjamín; hebreo e hijo de hebreos; en cuanto a la Ley fariseo; en cuanto al celo, perseguidor de la Iglesia, en cuanto a la justicia de la Ley, intachable” (Flp 3,5ss); “...judío, nacido en Tarso, educado en esta ciudad de Jerusalén e instruido a los pies de Gamaliel” (Hch 22,3; 26,4s); de profesión, tejedor de telas (cf. Hch 18,2-3).

La identidad de Pablo se va configurando en el entrelazado de esas pertenencias, pero todavía queda un espacio de intersección, cuando Pablo encuentre a Cristo y se convierta (Hch 9,1-19). En ese momento, Pablo que vive identificado y leal con sus anteriores pertenencias, especialmente con la de ser judío y perseguidor de los cristianos (Hch 7,58; 8,1.3; Gal 1,13-14.23), toma una decisión y elige libremente adherirse a Cristo. También él escucha una voz que le llama y le interpela: “Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?” (Hch 9,14; cf. Gal 1,15). Este es el comienzo de una nueva identificación para Pablo en torno a la cual algunas se abandonan y otras quedan redimensionadas.

Pablo no se vive determinado por los contextos socio-culturales y religiosos en los que su vida se ha ido desarrollando, sino que una vez que se ha encontrado con Cristo y ha recibido la llamada a ser su apóstol (1Cor 1,1), decide adherirse a Cristo y a la comunidad cristiana y esto le lleva a una reordenación de sus pertenencias anteriores. A partir de su conversión, Dios y su Reino centran y unifican todas las energías del apóstol, como se verifica en las opciones concretas que va tomando, hasta poder afirmar: “lo que era para mí ganancia, lo he juzgado pérdida a causa de **Cristo**” (Flp 3,7). El horizonte de sentido en el que entiende su vida y desde el que vive lo expresa muy bien cuando dice: “¡Ay de mí no evangelizare! ... es una misión que se me ha confiado” (1Cor 9,16-17). Cristo va configurando su identidad, sus diversas pertenencias.

Además, esa nueva identificación -apóstol de Cristo por gracia- le vincula con otros y otras con quienes hace camino, comparte la fe y anuncia el Evangelio: “Doy gracias a Dios cada vez que me acuerdo de vosotros” (Flp 1,3). La llamada a participar juntos en la brega por llevar el evangelio a todos y todas genera profundos y recíprocos vínculos entre Pablo y sus comunidades. Cristo y su Reino son el fundamento de una amistad entrañable que crece y se fortalece en la vocación común recibida, que arraiga en el amor que se transparenta en sus vidas, siendo unos para otros, mediación de la entrañabilidad compasiva de Dios, y que se alarga en misericordia y “frutos de justicia” hacia toda la humanidad “para gloria y alabanza de Dios” (cf. Flp 1,11).

4. Todo empezó con un encuentro

En la comunidad de Jesús, descubrir la vida como vocación supone haber hecho la experiencia de ser llamado/a por amor y enviado a vivir el amor con los otros y con Dios. Esta fue la experiencia de los discípulos/as de Jesús. Para ellos y ellas todo empezó con un encuentro”,²³ y ellos “jamás olvidaron el momento en que Jesús les tocó el corazón:

²³ Cf. EDWARD SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos. Gracia y liberación*, Cristiandad, Madrid 1982, 13.

«Era alrededor de las cuatro de la tarde» (Jn 1,39)” (EG 13). Jesús les invita a hacer una experiencia de vida con él: “venid y lo veréis” (Jn 1,39), compartiendo comida, silencios, palabras, encuentros... (“venid y lo veréis”, Jn 1,39). No les da una lección sobre el seguimiento, sino que los lleva consigo, les muestra su amor y les da a entender que ya les ha acogido entre los suyos²⁴, suscitando en ellos la decisión de seguirle y reorientar su existencia, siendo Jesús y su Proyecto lo que polariza todas sus vidas. A partir de ese momento, empieza a gestarse algo nuevo en ellos que necesita nutrirse para que alcance la plenitud de lo que está llamado a ser. En ese encuentro entendieron su vida como vocación y se abrieron a una existencia que nacida del amor los llevaba al amor.

Lo que moviliza y pone en disposición de vivir la vida como vocación no es una decisión ética, por muy buena que sea, sino el “encuentro con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”²⁵. Y añade el Papa Francisco: “Sólo gracias a ese encuentro –o reencuentro– con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero...”²⁶.

No bastan las palabras, ni tan siquiera el testimonio que otros pueden dar, sino vivir la experiencia del encuentro en primera persona, como Job: “antes te conocía de oídas, ahora te han visto mis ojos” (Job 42,5)”, o como la mujer de Samaría y sus vecinos de la Samaritana que creyeron no ya por sus palabras, sino por su propia experiencia: “nosotros mismos hemos oído” (Jn 4,42). Por tanto, a nosotros, como mediadoras/es la tarea es crear condiciones para que cada joven se dé a luz a sí mismo en el encuentro con Dios, pueda recibir su Palabra de vida y resignifique su propia identidad y el sentido de todo cuanto hace. Hay encuentros, palabras, diálogos... que son teofanías, revelación de la Palabra, de Jesucristo, y de donde surgen otros encuentros, otras palabras, otras conversaciones...²⁷.

4.1. Una mirada que transforma y capacita: “yo te haré...” (Mc ,1,17)

En los encuentros donde Jesús llama al seguimiento, su mirada es un elemento esencial. significa que Jesús reconoce a las personas que llama (Mc 1,16.19; 2,14; Mt 8,14; Jn 1,38.47; Lc 19,5), y con su mirada les constituye en el amor, vinculándolos a un proyecto de servicio y amor que les engancha de por vida y que les cambia radicalmente la existencia²⁸.

Cuando Jesús mira descubre en la persona a quien llama, la semilla que hay en él y que puede germinar²⁹, todo lo que puede llegar a ser bajo el impacto de su presencia: “yo te haré...” (cf. Mc 1,17). Jesús no se queda en su yo actual, fruto de su viaje del pasado

²⁴ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 18 sobre el evangelio de Juan*, 3.

²⁵ BENEDICTO XVI, *Deus Caritas Est*, 1.

²⁶ PAPA FRANCISCO, *Evangelii Gaudium* 8.

²⁷ Cf. JAVIER MELLONI, *Sed de ser*, Herder, Barcelona 2013, 34.

²⁸ Un caso singular es la llamada de la suegra de Pedro, tal y como se narra en Mateo (8,14-15), y donde la mirada es un elemento esencial en el relato. Cf. ELISA ESTÉVEZ, *Mediadoras de sanación*, 221-340.

²⁹ Cf. JOEL MARCUS, *El evangelio según Marcos (Mc 1-8)*, 198.

hasta ese momento presente, sino que ve en la persona lo que puede llegar a ser, lo que está esperando en su interior para nacer, para alumbrar en ese viaje al que Jesús le invita y que, a partir de ese momento, tiene por delante. Más allá de la llamada se acoga, hay algo nuclear que la mirada de Jesús comunica: confío en ti. Algo a lo que las nuevas generaciones son especialmente sensibles. A nosotros nos toca regar esas semillas ya plantadas, con la certeza de que son promesas de futuro, y de que la gracia de Dios hará el resto³⁰.

En el encuentro con el joven rico, Jesús “fijó en él su mirada y movido por amor a él”, le invitó a seguirle (Mc 10,21)³¹. La mirada intensa de Jesús se mantiene y es contemporánea a los dos verbos principales, “amó” y “dijo”. No es cualquier mirada, sino una atravesada por el amor y estrechamente vinculada a un proyecto de futuro. Jesús fija sus ojos (*emlepô*) y, por tanto, su atención en este joven, lo toma en consideración, piensa en él. No es una mirada de paso, sino una mirada sostenida, capaz de penetrar hasta lo profundo, discernidora. Muestra hacia el joven una solicitud singular que indica una “preferencia-elección” por él³² y que, en este caso, es rechazada por el joven.

En el encuentro de Cesarea, al mirar a Simón, hijo de Juan, Jesús descubre en su “un nombre escondido, y al pronunciarlo le posibilita desarrollar esa vocación ya inscrita en lo más hondo de su ser”³³: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas – que quiere decir «Piedra»” (Jn 1,42). La realidad de Pedro está vinculada a su historia familiar, al mundo conocido al que pertenece: es Simón. Sin embargo, la mirada de Jesús va más allá, “perfora” esa realidad, descubriendo en Pedro también aquello que está llamado a ser si consiente a la gracia: es Cefas, es decir, Piedra. Aquello que está llamado a ser, Pedro aún no lo conoce, pero es un don que se le ha dado ya desde antes de nacer, como a Jeremías: “Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo, profeta de las naciones te constituí” (Jer 1,5).

En la memoria de Israel y de las comunidades cristianas ha quedado grabada una convicción que nutre su experiencia creyente: Dios sale al encuentro de cada persona en medio del camino, en la vida cotidiana, en situaciones de dolor o de alegría, etc. le muestra su amor y la llama a vivir en comunión con Él: “por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que viene de lo alto para iluminar nuestros pasos por el camino de la paz” (Lc 1,78)³⁴. Esos encuentros transforman sus existencias, provocan

³⁰ Al finalizar el encuentro con la Curia Romana (diciembre 2015) el Papa ora así: “Regamos semillas ya plantadas, sabiendo que son promesas de futuro. Sentamos bases que necesitarán un mayor desarrollo [...] Puede que sea incompleto, pero es un principio, un paso en el camino, una ocasión para que entre la gracia del Señor y haga el resto”.

³¹ En Marcos, no se trata de un joven (“todo eso lo he guardado desde mi juventud”, 10,20); tampoco en Lucas que se refiere a él como mandatario” (*archôn*, 18,18). Sí, en cambio, en Mateo (*neaniskos*, 19,20).

³² Cf. GABRIEL LEAL SALAZAR, *El seguimiento de Jesús según la tradición del rico. Estudio redaccional y diacrónico de Mc 19,17-31*, EVD, Estella 1996, 96.

³³ JUAN MANUEL MARTÍN MORENO, *Personajes del cuarto evangelio*, 204.

³⁴ Lucas conecta con la memoria conservada en las tradiciones veterotestamentarias: Israel se reconoce visitado (*paqad*) cuando experimenta la salvación de Yahveh, es decir, cuando experimenta que Dios sale a su encuentro y *cuida atentamente de él, le presta atención o mira por él, se interesa por sus cosas*. Cf. W. SCHOTTRUFF, “*paqad*, visitar”, en Ernst Jenni – Claus Westermann, *Diccionario teológico manual del*

a quien lo vive a sintonizar con la llamada que recibe y a responder en libertad y responsabilidad, desplegando el dinamismo del amor, de la confianza y de la esperanza.

El mejor regalo que la vida consagrada puede ofrecer a los jóvenes es acompañarlos a descubrir y acoger la llamada a la alegría del Evangelio, ser mediación para que se encuentren con la mirada de Dios sobre ellos. Como Juan Bautista, quien ante la pregunta “¿Quién eres tú?” (Jn 1,19.22), *declara prontamente y sin reservas* que no es el Mesías³⁵, e invita a dirigir la mirada a Jesús. A la Iglesia, a la vida consagrada, le toca preparar el camino del Señor (cf. Is 40,3). Es solo “una³⁶ voz que clama” (Jn 1,23), y que ha de dejar que la Palabra, Jesucristo, ocupe el centro. Este es el sentido de su misión: que Jesús crezca y la comunidad eclesial disminuya (cf. 3,30), vivido con una profunda alegría (cf. 3,29). Que crezca Jesús porque es la Palabra que trae la salvación (cf. 1,1-18), y la Iglesia, la vida consagrada, como Juan, es sólo una voz que da testimonio de Cristo.³⁷

4.2. Vivir con y desde el Dios comunión

En los itinerarios de Jesús con sus discípulos, estos hombres y mujeres fueron invitados a hacer un itinerario que había de conducirles a *descubrirse*, siendo cada vez más conscientes de sí y adentrándose por derroteros nuevos de libertad, en la medida que experimentaban y se dejaban ganar por la ternura sanadora de Jesús en sus vidas (experiencia *autofánica*).

Al mismo tiempo, estas mujeres y estos hombres se fueron abriendo al descubrimiento del Dios de Jesús como luz que los ilumina y amor que los habita y transforma para llegar ser plenamente aquello para lo que han sido llamados desde siempre (experiencia *teofánica*). Les fue dado hacer este camino, mirándose y encontrándose en Jesús, icono del amor de Dios, “hijo de Dios, irradiación, esplendor de su gloria” (Heb 1,3) (experiencia *crisofánica*),³⁸ y a partir de la Pascua, sintiendo el aliento del Espíritu que recreaba su ser y los impulsaba a ser co-creadores con Él de la historia (experiencia de manifestación del Espíritu).

El acompañamiento de Jesús los llevó a descubrir al Padre, con quien Jesús dialogaba, el *Abba* (Mc 14,36) con quien buscaba el encuentro en la soledad y el silencio (cf. Mc 1,35; Mc 6,46, etc.). A ellos/as les comunicó también su experiencia de amor con el Padre: “*El Padre me ama*” (Jn 10,17); “*me has amado antes de la creación del mundo*”; “*ha de saber el mundo que amo al Padre y que obro según el Padre me ha ordenado*” (Jn 14,31).

Jesús promete a los discípulos la permanencia en ellos del **Espíritu** de la verdad (14,17), que los hará comprender más plenamente su mensaje; les anuncia un valedor, el Espíritu

Antiguo Testamento, II, Madrid 1985, 602; ELISA ESTÉVEZ, “Experiencia de Dios en las matriarcas de Israel”, en Carmen Bernabé (ed.), *Los rostros de Dios. Imágenes y experiencias de lo divino en la Biblia*, Estella, 2013, 67-84.

³⁵ La expresión “reconoció y no negó, y reconoció” (Jn 1,20), es una tautología (repetición de un mismo pensamiento con distintas expresiones). Cf. RAYMOND BROWN, *El evangelio según San Juan I-XII*, Cristiandad, Madrid 1979, 219.

³⁶ La expresión griega va sin artículo.

³⁷ Cf. BLAISE ARMINJON, *Queremos ver a Jesús. Descubrir su rostro con el evangelio de Juan. La vida pública (Juan, cap. 1-11)*, Mensajero, Bilbao 1998, 33.

³⁸ Así lo explica RAIMON PANIKKAR, *La plenitud del hombre*, Siruela, Madrid 2004, 52-54, de la llamada que siente Teresa de Jesús y que expresa como “Alma, buscarte has en Mi. Y a mí buscarte has en ti”.

que les ayudará en la tarea de dar testimonio en medio del mundo de Jesús. “*Cuando llegue el valedor que voy a mandaros recibiendo del Padre, el Espíritu de la verdad que procede del Padre, él dará testimonio en mi favor*” (Jn 15,26). El Espíritu es el que va a dar a los discípulos la posibilidad de amar como Jesús. Pero, la única manera de comprender este amor es que Jesús dé primero la vida por ellos (Jn 15,13). Por eso les conviene que se marche, porque no podrán ser como El hasta que muera. El Espíritu es el que los asimilará a El.

La contemplación del *Dios comunión* abrió a los discípulos/as a una dinámica de plenitud en el amor (Jn 17,21-22; GS 24) en la que se iban entrelazando en ellos/as tres movimientos: 1) *donación y entrega* de la vida en libertad, gratuidad y generosidad; 2) completa *receptividad y acogida* del don ofrecido; 3) *comunión* creadora, dinámica y fecunda, que se abre sin cesar a los otros, y favorece la unidad en la diversidad. Estos tres movimientos generaron fecundidad en sus vidas; posibilitaron el fortalecimiento de las redes de hermandad, e introdujeron cambios de hondo calado en su interacción con la sociedad (amor al enemigo y amor que se despliega y alcanza a todos/as, más allá de los propios grupos).

Comunicar la fe a los jóvenes significa invitarles a fijar bien los ojos en Jesús (cf. Hb 12,2) y ensayarse cotidianamente en la contemplación de su persona y en su encarnación, porque en él se ha desentrañado la misericordia entrañable de Dios, la hondura y el desbordamiento de su comunión, que alcanza a todos los seres humanos desde las periferias de la historia, invitándolos a entrar en esa dinámica de comunión trinitaria (cf. Jn 17,21).

El anuncio del Dios comunión, del Dios de los encuentros, es especialmente significativo para los *Millennials* y la generación Z, para quienes los vínculos, la comunicación y el compartir son especialmente significativos, para quienes la diversidad y la reciprocidad nutren sus maneras de estar y de vivir, para quienes valoran el trabajo en red, la colaboración y la interdependencia. Todos estos valores, con sus luces y sombras, son una buena puerta de entrada para iniciarse en el conocimiento del Dios anunciado por Jesús, un Dios comunión que ilumina y profundiza en todo lo que viven los jóvenes. Quizá ha llegado el momento de dar un giro y pasar de pastorales casi exclusivamente cristocéntricas a pastorales trinitarias, en las que se invita a los jóvenes a conocer, contemplar y encontrarse con Dios Padre, Hijo y Espíritu.

El Dios comunión, que se ha revelado en Jesús, fundamenta e ilumina la dignidad y libertad del ser humano, y nos aclara cómo vivir las relaciones e interacciones transformadoras en la vida social y en la Iglesia.³⁹ El *Dios de los encuentros* alienta prácticas de diálogo y de reciprocidad en el amor, de acogida y potenciación de la diversidad como riqueza; de interacción empática y de despliegue en el amor, alcanzando a todos y a todo; de reconocimiento del papel mediador que cada persona tiene en la comunidad a la hora de escuchar qué quiere Dios de cada uno y de la comunidad eclesial; de equiparabilidad y participación de todos en la construcción del bien común, manteniendo estrechamente los vínculos de unión y evitando la centralización y el poder que anula, y se adueña de las personas y las realidades; de

³⁹ Cf. *Compendio de Doctrina social de la Iglesia*, n. 34.

amor persuasivo que respeta la dignidad y la libertad de las personas. El Dios Trinidad invita a acoger el desafío de desplegar y fortalecer una autonomía solidaria, que incorpora el bien de los otros, y se construye con relación a los fines compartidos.

En la contemplación del Padre, del Hijo y del Espíritu, se aprende a amar, a relacionarse, a sentirse familia con todos y todas. Como el Padre bueno quien, al regreso del hijo, lo abraza con ternura, lo cubre de besos y le ofrece su perdón gratuitamente. Como el Hijo que se inclina para besar los pies de cada hombre y cada mujer, y se entrega como siervo. Como el Espíritu que alienta y sostiene con su amor al ser humano, que es vínculo de unión, creación y dinamismo, libertad, fuente del mayor consuelo, luz en la oscuridad, bálsamo para las heridas, creatividad y audacia para la misión.

5. Desplegar su auténtico ser: crecer en confianza, amor y esperanza

Vivir la vida como vocación significa acoger la invitación de Dios a “tener vida y vida en abundancia” (Jn 10,10) y disponerse a generar esa vida recibida también en los otros, en el mundo, en la creación. En clave cristiana, significa crecer en la vida teologal, es decir, en fe, amor, y esperanza.

5.1. Ensanchar el dinamismo de la confianza, el amor y la esperanza

La capacidad de confiar, de amar y de esperar nos estructura como personas. Cuando se vive sintiéndose llamado por amor y a vivir en el amor, Dios entra en la persona, expandiendo y llevando a plenitud todas sus capacidades. Se consiente a “la invitación a ser que nos habita y nos origina”, entregándose confiadamente a su dinamismo creador y dejando que la gracia, el amor de Dios, actúe en nosotras/os todas sus posibilidades y también todas sus exigencias.

Se entra así en un proceso de transformación, crecimiento y despliegue, en dinámica de creación y de creatividad, que supone:

a) *Crear en confianza.* Se entra en una nueva relación con Dios que se afirma en la vida real y concreta, abriéndose a Dios como origen y destino de la existencia, pero también vinculándose estrechamente con él, esperando todo de él, amándole por encima de todo (es la fe). Supone desarrollar la capacidad de vivirse con la seguridad de saberse sostenido y alentado al crecimiento, seguro del amor incondicional que lleva a establecer un vínculo decisivo con Dios y con los demás hombres y mujeres, como hermanos en el Hermano. La fe supone la experiencia de saberse fundado, protegido, preservado, y que por muy difíciles que sean las circunstancias por las que se atraviese, Dios está ahí, no abandona nunca (cf. 2Cor 4,9). La gracia hará posible el despliegue de la confianza en uno/a mismo/a, en los otros/as y en el mundo, en el sentido que tiene toda vida. El Espíritu que nos habita “nos ensancha”, alarga todas nuestras posibilidades llevándolas a plenitud, hasta participar de la vida misma de Dios.

b) *Desplegarse en el amor.* Se manifiesta como desarrollo de compromiso humanizador y liberador, gratuito y universal, en la familia humana y en el corazón del mundo (es el amor). *Implica acoger una nueva forma de existencia* que lleva a recrear la mirada y la capacidad de escuchar y de *amar*, de establecer relaciones sanas y sanadoras con quienes se nos regala hacer el camino de la vida, de ofrecerse y regalarse gratuitamente.

c) *Nueva apertura al futuro* que apuesta por hacer de la historia una nueva creación (es la esperanza). Significa ahondar y ensanchar la capacidad de *trenzar la esperanza* tejiendo los hilos de la historia con los hilos de Dios, sabiendo articular paciencia y resistencia, transformación radical y cotidianidad secuencial⁴⁰, búsqueda humilde y compartida, palabra y silencio, sufrimiento y posibilidad siempre abierta, miradas que traspasan los horizontes y construcción colectiva. De manera singular, esa esperanza se traduce en apuestas que hacen real y concreto de múltiples formas la mesa compartida del Reino, en la que los últimos tienen un lugar preferencial. La dignidad de toda persona y de manera particular la de aquellos y aquellas que la tienen más amenazada, pasan a ocupar un lugar central en el discernimiento de las mediaciones, en la elección de los caminos, en la reconfiguración de los espacios, los tiempos, los bienes, etc.

La fe, la esperanza y la caridad, por tanto, transforman radicalmente las relaciones fundamentales constituyentes de la persona, capacitándola para acoger, hacer suyo y actuar, el amor gratuito de Dios (su gracia), que quiere llevar a plenitud todo lo humano, y que conlleva un proceso de conversión y recreación en los tres principales dinamismos que estructuran la vida del ser humano, posibilitando que cada persona pueda desplegar en plenitud su auténtico ser.

5.2. Entrar con los discípulos de Jesús en un itinerario que conlleva un profundo cambio existencial

Esta transformación aconteció en los discípulos/as de Jesús. Con la llamada, Jesús descubrió y despertó en ellos su auténtico ser” (Ortega), su puesto en la vida, los dones que tenían para el servicio y la entrega de la vida.⁴¹ Estos hombres y mujeres fueron invitados a hacer un itinerario que les llevó a un cambio existencial de gran hondura y transcendencia que se fue verificando en sus vidas, en sus maneras de pensar y sentir, en lo que consideran o no valioso, en las maneras de relacionarse y actuar⁴². Vamos a tomar algunos momentos en los que los evangelios nos desvelan algo de ese lento madurar que se va dando en los seguidores de Jesús.

a) El *primer momento* lo tomamos de la vida de Pedro. No fue fácil para este discípulo llegar a confiar y confiarse en Jesús. Estaba acostumbrado a sostenerse por sí mismo. Por eso estando con sus amigos en la barca y viendo llegar a Jesús, desafía a Jesús diciéndole: “Señor, si eres tú, mándame ir donde ti sobre las aguas” (Mt 14,28). Y Jesús le deja recorrer el camino de su pretenciosa ignorancia y le invita a hacerlo viniendo hasta él: “¡Ven!, le dijo” (Mt 14,29). Pedro, lo hace, pero olvida su deseo de encuentro con él, y se deja vencer por la dificultad de la travesía a la que ha sido invitado, una

⁴⁰ “El ritmo de lo cotidiano es el tiempo de la fraternidad”. JOAQUÍN GARCÍA ROCA, *Exclusión social y contracultura de la solidaridad*, 270-271.

⁴¹ “En la formación de un hombre contribuye él mismo y otros, de modo más o menos consciente, pero su vocación se construye sobre la base de sus dotes, en el sentido amplio de la palabra: todos los dones que él ha recibido con su vida. Por eso, en la *naturaleza de un hombre* está prevista su llamada, su vocación y profesión: es decir, la actividad, el trabajo hacia el que está orientado desde lo profundo. El camino de la vida hace madurar la vocación de cada uno y la da a comprender a los otros, de tal modo que éstos pueden hablar de la *llamada* a través de la cual, en el mejor de los casos, cada uno puede encontrar su *puesto* en la vida”. EDITH STEIN, *La mujer*, Eunsa, Navarra 1998, 48.

⁴² Cf. LOLA ARRIETA, *Itinerarios en la formación. Pistas para el camino del seguimiento de Jesús*, Frontera Hegan, Vitoria 2007, 39.

travesía que sólo podía hacer confiado plenamente en Jesús. Y por eso, siente que se hunde y necesita gritar de nuevo a Jesús: “¡Señor, sálvame!” (Mt 14,30). Esta vez su súplica nace desde el fondo de su debilidad que, sin embargo, ahora se abre a quien sólo puede salvarle. Su debilidad trascendida de la mano de Jesús es la “puerta de entrada” para que sus compañeros en la barca –y con ellos toda la Iglesia- confiesen con él a Jesús como Hijo de Dios.⁴³ Pero ese aprendizaje, el de la entrega confiada de todo su ser, también de su debilidad, será un largo camino en la historia personal de Pedro, y tendrá sus “idas y venidas”. Culminará –al menos como nos lo narra el evangelio de Juan- cuando tenga ese diálogo con Jesús resucitado quien le pregunta si le ama: “Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?” (Jn 21,15). Por tres veces se lo pregunta, rehaciendo con él el camino de las negaciones. No es un recuerdo de su flaqueza, mucho menos pretende Jesús “pasarse por delante” su traición para juzgarle y condenarle, o para avergonzarle delante de sus compañeros. Tampoco pretende negar su vulnerabilidad. Jesús rehace con él camino de la traición porque desea que Pedro pase a sus manos, que se confíe plenamente a él. Jesús conoce su debilidad y le quiere así y, además, quiere enviarle a anunciar el Reino, a hacer realidad la mesa compartida⁴⁴.

b) El *segundo momento* lo encontramos en el relato de la multiplicación de los panes. Ahí somos testigos de cómo crece en los discípulos el dinamismo del amor. Jesús ha estado enseñando a la gente que ha acudido a él de todos los lugares. Los discípulos se le acercan y le sugieren que despida a la gente hambrienta porque ya es tarde (Mc 6,35-36). Seguramente piensan que ya es hora después de largas jornadas de misión (cf. Mc 6,6b-13.30). Sin embargo, Jesús les dice: “dadles vosotros de comer” (Mc 6,37), y les pregunta: “¿Cuántos panes tenéis?” (Mc 6,38). Al hacerlo les está invitando a ofrecer y compartir gratuitamente lo que tienen. El hecho de vida es ocasión de gracia para ellos que comprenden que el Reino es mesa compartida, es banquete en el que todos quedan saciados y, además, sobra; es entrega gratuita. Pero, sobre todo, es una oportunidad más que la vida, y Jesús en ella, les brinda para crecer concreta y tangiblemente en libertad y responsabilidad, para “encargarse” (respuesta práctica) y “cargar” (firme disposición a “sanar” la realidad) con la realidad porque, aunque los textos no lo expliciten, se “han hecho cargo de ella”, es decir, la han comprendido y tienen una valoración de la misma⁴⁵.

c) Por último, la certeza de ser amados por Jesús generó en los discípulos una esperanza viva (Rom 5,5; 8,38), el anhelo de que la creación entera se verá liberada de todo mal y de todo sufrimiento (Rom 8,20-25), la seguridad de que habían de renunciar a su autosuficiencia, a todo intento proteico de salvarse por sí mismos y por sus obras, y confiarse al amor misericordioso de Dios como única garantía de salvación⁴⁶. Poco a poco fueron aprendiendo a esperar contra toda esperanza, cultivando el aguante paciente y perseverante en medio de las dificultades, los sufrimientos, las decepciones, etc. (Mt 10,22; 24,13). Jesús mismo ora por ellos para que no decaigan en las tribulaciones (Lc 22,32). La esperanza, fundada en el amor inmenso de Dios cumplido en

⁴³ Cf. ANTONIO BRAVO, *La oración del sacerdote*, Sígueme, Salamanca 2004, 71.

⁴⁴ Cf. ELISA ESTÉVEZ, “Claves bíblico-teológicas del acompañamiento en los evangelios. La experiencia de Jesús”, en M^a Rita Martín Artacho (coord.), *Acompañar. Una mediación para el encuentro*, CITEs, Ávila 2013, 43-87.

⁴⁵ Cf. JON SOBRINO, *Fuera de los pobres no hay salvación*, Trotta, Madrid 2007, 18-19, donde retoma el pensamiento de Ellacuría al respecto.

⁴⁶ Cf. JUAN ALFARO, *Esperanza cristiana y liberación del hombre*, Herder, Barcelona 1972, 35-44.59-67.

Cristo, lleva a los discípulos a desplegarse en libertad y audacia. Dejando atrás el temor, comienzan a predicar el evangelio a todos los pueblos, realizan signos, desafían los poderes establecidos, se atreven a vivir de manera contracultural, etc. poniendo su mirada en la promesa de Dios de Vida en plenitud. Se atreven a ser una comunidad que no se detiene en las esperanzas concretas, logradas como conquista humana, sino que las trasciende y las abre a su verdadero y último sentido.

6. De la desconexión a la conexión, de la exterioridad a la interioridad

Cada día al ir a la Universidad encuentro de camino un anuncio de Movistar que dice así: “Cuando eliges desconectarte para conectarte con la vida, tu mundo crece”. Más allá de lo que “nos quiere vender”, el anuncio invita a las generaciones más jóvenes -a quienes sin duda está más dirigido, aunque no exclusivamente- a “desconectar” del ruido, de los requerimientos de una agenda sin espacios para “respirar”, de los continuos intercambios... para conectarse con la VIDA, porque efectivamente cuando se hace, todos sabemos por experiencia que nuestro mundo crece.

La interioridad es la gran llamada que hoy todos/as sentimos. Sin embargo, No es fácil para los jóvenes -tampoco para nosotros/as- el camino de la interioridad y, sin embargo, sin ella, no es posible que discernan entre sus varios seres posibles, ese que están llamados a ser. Hablar de interioridad es hablar de profundidad, del espacio donde acogemos las resonancias que nos llegan del mundo exterior, donde reflexionamos, sentimos, imaginamos, queremos, asumimos, recordamos, nos trascendemos, saboreamos cada realidad; donde ganamos en libertad y lucidez.

Algunas de las características de los *millennials* y la generación Z les dificultan acceder a la profundidad, es decir, al lugar interior donde resuena todo el mundo exterior, donde se reflexiona y se siente, donde se saborea la vida, donde les espera Dios... Entre ellas nombramos algunas ⁴⁷: son generaciones “multitarea”, continuamente conectados (Facebook, Tuenti, se mueven entre distintos blogs, tienen varias cuentas de correo, están suscritos a diversos canales RSS, escriben feeds, investigan música Spotify, etc); generaciones del espectáculo, del entretenimiento, de la diversión a quienes les cuesta la paciencia, la espera... ; generaciones ultrarápidas e hiperactivas, que necesitan actividades rápidas y activas, breves e intensas; y que valoran los estímulos visuales, sonoros, a través de los cuales acceden a experiencias emocionales y existenciales.

Los jóvenes viven una inflación de exterioridad, pero para escuchar los anhelos de su corazón, su yo profundo, sus búsquedas cargadas de utopía y esperanza, los deseos de bien para ellos mismos y para los otros, necesitan aprender a estar consigo mismos y abrirse a conectar con su yo profundo. Necesitan “habitar su propia casa” y aprender a conectar con las fuentes profundas de la Vida, que nutren su existencia y calman la sed de vida plena que late en sus corazones. Sin embargo, lo sabemos, puede temerse el silencio. Es una experiencia inquietante y enigmática que saca a la luz dimensiones de uno/a mismo/a que no se quieren ver y se tratan de esconder⁴⁸.

⁴⁷ Tomo estas dificultades de las características de la generación Y, descrita y analizada por JOSÉ MARÍA BAUTISTA, *Todo ha cambiado con la Generación Y. 40 paradigmas que mueven el mundo*, Frontera Eguian 71 (2010).

⁴⁸ Cf. FRANCESC TORRALBA, *Explorar el sentido de la realidad*, Edebé, Barcelona 2000, 109.

El viaje hacia la interioridad no se improvisa, sino que es un proceso que pide constancia y requiere mistagogos/as que vayan ayudando a cultivar la interioridad. Se trata de ayudar a las nuevas generaciones ofreciendo itinerarios que les permitan recorrer y ensanchar su mundo interior, en los que aprendan a vivir en el momento presente y, por ello, a cultivar la atención a las cosas pequeñas, de modo que se vaya dando el paso del hacer al estar y del estar al ser.

El cultivo de la interioridad significa “*tender puentes*” hacia uno/a mismo/a, hacia los demás y hacia Dios. La interioridad que puede causar apretura es la única que hace posible fluir y desplegarse como ser humano en relación, con capacidad para autotranscenderse y la que posibilita el encuentro con Dios en primera persona: “Ya no creemos por tus palabras, que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4,42); “Te conocía sólo de oídas, ahora te han visto mis ojos” (Job 42,5). No buscan conceptos sobre Dios, sino experiencias que les ayuden a vivir, encarnar, tocar y sentir su presencia en sus vidas. Para que esta experiencia de fe acontezca en las generaciones más jóvenes es necesario ayudarles a que se encuentren consigo mismos/as y que aprendan a contemplar las semillas del Verbo presentes en la historia⁴⁹.

6.1. Condiciones hacen posible el camino hacia la interioridad

1) Aprender a amar la soledad para descubrir la propia riqueza interior y poder así ofrecerla a otros a través de la relación; e incorporar y gustar el hábito del silencio para cultivar la capacidad de asombro ante la realidad, para descubrir el misterio en el palpito de la vida, las semillas de eternidad en sí mismo/a y en el mundo circundante, para vivir unificadamente y no confundirse con lo que está fuera de sí, para rumiar la vida, para encontrarse con Dios. Espacios y tiempos de silencio para ponerse “en contacto con las profundidades de lo real donde el Señor de la vida late en nosotros y en cada ser. Así nuestras palabras podrán ser escucha y expresión de su manifestación en el mundo y nuestra acción participación del ascenso de la historia hacia Él”⁵⁰.

“La voz de un silencio tenue”: lugar de encuentro con Dios en la Escritura

A Dios, nos enseña la Escritura se le escucha en el silencio. Así lo aprende Elías, a quien Yahveh le invita a salir “fuera” para encontrarse con Él. El profeta hace la experiencia de que Dios no está en el viento recio y fuerte que descuaja las montañas y quiebra peñas; no está en el terremoto ni el fuego, ni tan siquiera en la brisa suave, como prefieren traducir la mayoría de las traducciones de 1Re 19,12, sino en “la voz de un silencio tenue (*qol demamah daqqah*)”⁵¹. Estamos ante una gran paradoja, como nos desvela Lévinas,

⁴⁹ “El proceso de iniciación de los jóvenes a la fe implica la reconstrucción de estos dos itinerarios: el exterior y el interior: ayudar al joven a contemplar los *vestigia Dei* que hay en el mundo, e invitarle a ensimismarse, a practicar el encuentro con él mismo, porque, si Dios está en la interioridad más honda de mi ser, sólo de esta manera, es posible hallarlo”. (Martín Velasco)

⁵⁰ XAVIER MELLONI, “Accesos a la interioridad”, *Sal Terrae* 91 (2003) 42.

⁵¹ “La traducción: «voz de un silencio tenue» se apoya en que el término *qôl*, según el contexto, tiene el sentido de voz, y la raíz verbal de *demamah* (*dmm*) significa «permanecer mudo, estar quieto, callarse». La traducción procede de Lévinas”. DOLORES ALEIXANDRE, “Un itinerario de silencio”, *RCatT* XXV (2000) 191,

en la que el silencio es “voz”, “palabra”. La salvación de Dios llega en el silencio: “Bueno es esperar en silencio la salvación de Yahveh” (Lam 3,26); salvación que a veces se siente como esperanza: “Solo en Dios descansa (“quédate callada”⁵²) alma mía, de Él viene mi salvación” (Sal 62,2.6). El silencio hace posible encontrarse consigo mismo y descubrir a Quien habita su casa porque le gusta, como dice Teresa, estar con él, comunicarse.

Él es la “Palabra salida del Silencio”⁵³ que recorre los caminos de Galilea y de Judea, y siente la necesidad de retirarse a solas, de buscar lugares desiertos y tiempos de soledad para estar con Aquel con quien le unían vínculos de amor más fuertes que la muerte, y salir de nuevo a la vida con la fuerza del amor compartido en plenitud⁵⁴. Para Jesús, el silencio abría las posibilidades a la escucha, y a la respuesta del Otro y de los otros y, por tanto, lo concebía como lugar de encuentro y presencia mutua. Sin silencio no hay alteridad, ni exceso, ni éxtasis, ni libertad, ni es posible encontrarse con el Dios de la Vida que llama a vivir una vida en plenitud.

2) Cultivar la contemplación, es decir, la capacidad de receptividad para captar el latido de las personas y de toda realidad creada. Desarrolla una gran capacidad para adentrarse en el interior de cuanto sucede, para abrir bien los ojos y atender a cuanto ocurre y escuchar el latido de la vida en los demás, en la naturaleza, en las cosas cotidianas, para descubrir la belleza en cada persona y en cada realidad, para asombrarse ante el bien que se abre paso en la complejidad y el zarandeo desconcertante de los acontecimientos. La contemplación desarrolla la capacidad de asombro, de maravillarse por las cosas más sencillas de la vida, de la naturaleza, del mundo. Quien contempla es capaz de ir “más allá” de la epidermis de los acontecimientos, buscando y dejándose encontrar por lo divino en ellos, reconociendo su Presencia, dejándose interpelar y acogiendo la invitación a implicarse y comprometerse.

Guardar las cosas en el corazón: María

Icono de contemplación es María que “guardaba todas estas cosas, meditándolas (*syballousa*) en su corazón” (Lc 2,19). Al utilizar este participio, *syballousa*, se está expresando “el trabajo de la fe para reunir los datos de la realidad con la promesa

quien cita a EMMANUEL LÉVINAS, “L’État du César et L’État du David”, en: *La Théologie de l’histoire. Révélation et Histoire*, Paris 1971, 71-80.

⁵² El término *dûmayyah* significa “silencio o descanso, quietud, reposo”.

⁵³ “... existe un único Dios, el cual se ha manifestado por medio de su Hijo Jesucristo, que es su Palabra salida del Silencio, la cual complació en todo al que le había enviado”. IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *A la iglesia que está en Magnesia*, 8.

⁵⁴ Así lo resaltan explícitamente los evangelios en distintas ocasiones: *fue a un lugar solitario* (Mc 1,35); *subió al monte a solas para orar, al atardecer estaba solo allí* (Mt 14,23); *Después de despedirse de ellos, se fue al monte a orar. Al atardecer estaba la barca en medio del mar y él, solo en tierra* (Mc 6,46); *él se retiraba a los lugares solitarios, donde oraba* (Lc 5,16); *mientras él estaba orando a solas* (Lc 9,18). E indirectamente parece muy plausible en Lc 6,12.

recibida, para que la Palabra acogida y guardada en el corazón proyecte su luz sobre la opacidad de los acontecimientos”⁵⁵.

Levantar los ojos al cielo: sensibilidad contemplativa de Jesús

De Jesús destaca su capacidad de contemplar la vida, de adentrarse en el espesor de la historia. Los evangelios nos recuerdan en distintos momentos que Jesús, mientras sanaba o repartía el pan entre los necesitados, *levantaba los ojos al cielo*⁵⁶. Los sentidos de Jesús le ponen en comunicación con las personas concretas, con sus necesidades... pero también encuentran a Dios en todo lo que le rodea. La mirada puesta siempre en Dios, también en el camino, y las manos extendidas hacia las muchedumbres empobrecidas y hambrientas, hacia los excluidos y los enfermos... es una manera de expresar igualmente la relación dialogal de Jesús con Dios, su capacidad contemplativa. Jesús se da completamente desde la experiencia del amor entrañable de Dios, y se ofrece gratuitamente con la mirada puesta en ese Dios, deseando llevar a los/las que le fueron confiados hacia la Casa común y la Mesa compartida donde Dios se regala sin medida. Por ello, podríamos decir que su existencia es oración y su oración se entrelaza con su vida ofrecida y regalada.

Jesús se muestra en estos textos con una fuerte e intensa sensibilidad contemplativa en el espesor de la historia. Las situaciones que le afectan en su caminar diario son la ocasión de un nuevo diálogo con Dios, son la ocasión de vivir la fidelidad al Reino, de encontrarse con el Amante en las criaturas amadas. En la contemplación de lo real, Jesús va tomando también sus decisiones, va fortaleciendo su opción fundamental al servicio del Reino de Dios.

En la capacidad contemplativa destaca la capacidad de ver en profundidad, algo que se percibe con claridad en el relato lucano de los diez leprosos sanados por Jesús. Todos ellos recibieron la curación, pero uno solo, un samaritano, vuelve a agradecer el don que ha recibido, y es el único al que Jesús le dice: “tu fe te ha salvado” (Lc 17,19). La razón, nos dice el texto lucano, es que él “se vio curado” (Lc 17,15). Sería un error entender el dato como una simple constatación de su curación. La experiencia del “ver” es esencial en la obra lucana, ya que simboliza la fe de quienes perciben la verdadera identidad de Jesús y le acogen.⁵⁷

Ojos que se adentran en el espesor de la historia: el leproso samaritano

Los ojos del leproso samaritano se adentran en la profundidad del hecho que se le ha dado vivir y consiente en ser alcanzado por la salvación que le llega en Jesús. El extranjero, que fue curado de su lepra, descubre, acoge y proclama que, en la persona

⁵⁵ DOLORES ALEIXANDRE, “Interioridad y Biblia. El don que se recibe en lo escondido”, en AaVv., *La interioridad: un paradigma emergente*, PPC, Madrid 2004, 38.

⁵⁶ Cf. Mt 14,19; Mc 6,41; Lc 9,16 (multiplicación de los panes); Mc 7,34 (curación del sordomudo). Posiblemente el gesto de “alzar los ojos al cielo” es un gesto de oración judía, si bien no se encuentra con mucha frecuencia. Cf. ULRICH LUZ, *El evangelio según San Mateo*, II, Sígueme, Salamanca 2001, 529. Se encuentra, no obstante, en los LXX: Gen 15,5; Dt 4,19; Job 22,26; 2 Mac 7,28.

⁵⁷ La obra lucana comienza y finaliza con citas y alusiones al AT que implícitamente equiparan el ver la salvación de Dios con la respuesta al misterio de Jesús (Lc 2,29-32; Hech 28,26-28). Cf. D. HAMM, “Sight to the Blind: Vision as Metaphor in Luke”, *Bib* 67 (1986) 457-477.

de Jesús y en su praxis, el Reino de Dios ha llegado hasta ellos (cf. Lc 17,21). Así lo muestran sus gestos y palabras: da gloria a Dios, se postra a los pies de Jesús y le da gracias, que constituyen una afirmación más del *honor adscrito* de Jesús, y una palabra creyente asociada a la gratitud. Con sus acciones, el samaritano manifiesta públicamente que Jesús es “la salvación proclamada”,⁵⁸ que Dios mismo actúa en las acciones terapéuticas de Jesús.⁵⁹

Jesús se ha desvelado como misericordia sanadora a los diez leprosos y, sin embargo, el único que lo reconoce es un extranjero. El samaritano se vio a sí mismo vulnerable y vulnerado por el misterio y se abrió al Dios que se encarnó en Jesús agradeciéndole su ternura sanadora. Su mirada se mantuvo atenta a los signos que le hablaban, en su mismo cuerpo, de una Presencia que le ha llevado a trascenderse, a buscar la *Fuente de la Salud* y “beber” nuevamente de ella.

3) Ofrecer espacios para el encuentro y el diálogo personal con los jóvenes que ayuden a encontrarse consigo mismo/a, al mismo tiempo, que hacen posible el encuentro con los otros/as reconociéndolos en su dignidad en términos absolutos. Espacios de diálogo y comunicación que favorezcan conocerse mejor, preguntarse con confianza: ¿Quién soy yo? ¿qué quiero hacer de mi vida? El autoconocimiento es una vía esencial para llegar hasta el corazón.

Regalar preguntas de vida: el estilo de Jesús acompañando

Nos vamos a fijar, no obstante, en las preguntas, porque éstas generan siempre “un movimiento concientizador y personalizante que lleva directamente al fondo”⁶⁰, que ayudan a conectar con el corazón, con el centro del ser. Se trata de ayudar a alumbrar las preguntas que en el fondo laten en cada persona; “preguntas de vida, no inquisidoras, no interrogadoras: ¿Dónde estoy? ¿Qué busco? ¿A dónde quiero ir?”⁶¹.

1ª) Cuando Jesús llama a algunos de sus discípulos, les dirige una pregunta: “¿Qué buscáis?” (Jn 1,38), ayudándoles así a tomar conciencia primero y a expresar después, la búsqueda que latía en su interior. Al hacerles esta pregunta, Jesús les ayuda a situarse en la dirección adecuada, a conectar con su corazón y escuchar la llamada de Dios, una llamada que sobrepasa, que es invitación a ir “mas allá”, y que por eso mismo sobrecoge y reclama una respuesta en libertad⁶².

Jesús se la regala en el momento oportuno, cuando están en disposición de recibir la llamada. Es entonces cuando les pregunta qué es lo que realmente desean en la vida,

⁵⁸ Cf. J.A. FITZMYER, *El evangelio según Lucas*, II, Madrid, Cristiandad, 1987, 323.

⁵⁹ “Israelitas, escuchad estas palabras: A Jesús, el Nazoreo, hombre acreditado (a)podedeigme/non) por Dios entre vosotros con milagros (duna/mesi), prodigios (te/rasi) y señales (shmei/oij) que Dios hizo por su medio entre vosotros...” (Hech 2,22). Cf. D. HAMM, “What the Samaritan Leper Sees”, 273-288.

⁶⁰ Cf. LOLA ARRIETA, *Itinerarios en la formación. Pistas para el camino del seguimiento de Jesús*, Frontera Hegian, Vitoria 2007, 41.

⁶¹ Cf. LOLA ARRIETA, *Itinerarios en la formación*, 41; ID., *Aquel que acompaña sale al encuentro y regala preguntas de Vida para andar el camino*, Conferencia en el Simposio CCEE. Barcelona 2017, 26.

⁶² Cf. SANTIAGO ARZUBIALDE, *Theologia Spiritualis. El camino del seguimiento a Jesús*, Tomo I, Publicaciones Universidad Pontificia Comillas, Madrid 1989, 183.

cuál es su búsqueda más honda, qué sentido quieren darle a su vida⁶³. Una interpelación que pone palabra a lo que llevan ya dentro de sí y que les obliga a tomar conciencia de su libertad y su vocación.⁶⁴ Pero, además, como nos dice san Juan Crisóstomo “para darles confianza y mostrarles que merecen ser escuchados”⁶⁵.

2ª) A los ciegos de Jericó, a quien Jesús pregunta: “¿Qué queréis que os haga?”, a lo que ellos responden: “Señor, que se abran nuestros ojos” (Mt 20,32-33). Ante él, los ciegos *se pueden decir* sin miedo, le pueden abrir su corazón y mostrarse débiles y vulnerables. La pregunta que Jesús les hace es una invitación a ir dentro y conectar con el deseo más profundo de su corazón: que se abran sus ojos. Esta pregunta de vida conduce a los ciegos a otra pregunta de Vida que sin duda se hacen, aunque el relato no la exprese. Lo que sí dirá es que siguieron luego a Jesús (Mt 20,20). Han pasado de mirar a Jesús como benefactor de un pueblo, a reconocerle como “Señor” suyo al que sirven y al que siguen, es decir, como el Hijo de Dios que muestra su rostro benevolente y magnánimo al otorgar el bien de la salud gratuitamente. Después de la curación, los ciegos descubren el anhelo más profundo de su corazón: establecer con Jesús una relación *personal* dentro de una comunidad, la nueva fraternidad en torno al Cristo muerto y resucitado.

3ª) “¿Quién decís que soy yo?” (Mt 16,15) es una pregunta que Jesús dirige a sus discípulos y que aparece en el contexto del diálogo que mantiene con sus discípulos en Cesarea. Jesús acompaña a sus discípulos para que descubran verdaderamente quién es Él y quienes son ellos. De manera pedagógica, las preguntas que les va haciendo les ayudan a descubrir quién es Jesús y quiénes son ellos: primero fue preguntando (el verbo va en imperfecto: preguntaba, Mc 8,27) cómo le reconocía la gente, para pasar a continuación a preguntar (también en imperfecto; Mc 8,29), quién pensaban ellos que era él, y terminar diciéndoles con total claridad (nuevamente un imperfecto) que había de morir y resucitar (Mc 8,32). Jesús no les ha dicho de una vez quién era; se lo va mostrando poco a poco, en el camino que van haciendo juntos, y con una dirección siempre clara: Jerusalén, el lugar de la entrega por el Reino.⁶⁶ Bien sabe Jesús que necesitan hacer un proceso, que su fe ha de fortalecerse y que no hubieran podido comprenderle desde el primer momento.

El que responde a la pregunta de Jesús es Pedro. El discípulo entra dentro de sí y encuentra la palabra de Vida que le brota: “el Cristo, el Hijo de Dios vivo” (v.16). En esas palabras resonaba el misterio más hondo de Jesús, y se le había regalado a Pedro el aproximarse a él (“te lo ha revelado mi Padre”, v.17). Jesús le felicita por ello (“bienaventurado”, v.17). Es entonces cuando Jesús le cambia el nombre, es decir, le hace calar en su identidad más profunda, ahondar en su misterio personal y encontrarse con la llamada que le configura y le abre a la esperanza: “Tu eres Pedro y sobre esta

⁶³ Es la misma pregunta que les hace a los ciegos de Jericó: “¿Qué queréis que os haga?” (Mt 20,32; Lc 18,41). El verbo “buscar” (*zêtein*) tiene el doble matiz de buscar y querer, es decir, que al igual que el término arameo *bēa*, tiene un significado que abarca un sentido más superficial (buscar) y otro más profundo (querer). Cf. RAYMOND BROWN, *El evangelio según San Juan I-XII*, 256.

⁶⁴ Cf. BLAISE ARMINJON, *Queremos ver a Jesús*, 38.

⁶⁵ Cf. SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 18 sobre el evangelio de Juan*, 3.

⁶⁶ “La dilatada naturaleza de este proceso pedagógico queda acentuada por el frecuentísimo empleo de verbos de locución en imperfecto (*epêrôta* = «preguntaba» en 8,27 y 8,29; *elalei* = «decía» en 8,32), por el sintagma «comenzaba a enseñarles» en 8,31 y por la idea subyacente de que la revelación se va mostrando gradualmente a la vez que Jesús y sus discípulos pasan por los poblados (en plural) de la zona de Cesarea de Filipo”. JOEL MARCUS, *Marcos (Mc 8-16)*, Sígueme, Salamanca 2011, 698-699.

piedra edificaré mi Iglesia” (v.18). El resto de los discípulos, al escuchar esa confesión de Pedro toman fuerzas y se fortalece en ellos la motivación de seguir a Jesús hacia Jerusalén.

4ª) Ahí está también la triple pregunta que Jesús dirige a Pedro: “¿me amas más que estos?” (Jn 21, 15.16.17) y de la que ya hemos hablado previamente. Una triple pregunta que ayuda a Pedro tomar conciencia de su propio proceso, que le ayuda -estando con él- a rehacer el camino el camino de las negaciones. No es un recuerdo de su flaqueza, mucho menos pretende Jesús “pasarse por delante” su traición para juzgarle y condenarle, o para avergonzarle delante de sus compañeros. Tampoco pretende negar su vulnerabilidad. Jesús rehace con él camino de la traición porque desea que Pedro pase a sus manos, que se confíe plenamente a él. Jesús conoce su debilidad y le quiere así y, además, quiere enviarle a anunciar el Reino, a hacer realidad la mesa compartida.

Las preguntas de Jesús y lo que provocan en él es el medio para que Pedro comprenda que todavía está muy centrado en sí mismo. La tristeza y la tentación de hundirse que siente le hablan sin engaño de ello. Pero, además, se da cuenta de que no ha comprendido bien a Jesús, el que creía que sí. Todavía le falta descubrir su amor, palpar su ternura en la debilidad. Y es al final, en la tercera respuesta de Jesús que Pedro comprende que Jesús le ama, así como es, y que, por ello mismo, le encarga amar y amar a sus hermanos, entregarse por ellos y ellas, salir a los caminos a anunciar al crucificado/resucitado.

5ª) “¿También vosotros queréis ir?” (Jn 6,67). En ese momento, toman conciencia de que ellos solo se entienden desde Jesús, que Él quien les da la vida y por quien viven. Así lo expresa Pedro habla en lugar de todos: “¿dónde quién vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros creemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6,68-69).

7. Mistagogos del encuentro con Dios

A su lado los jóvenes quieren compañeros de camino, hombres y mujeres *capaces de escuchar y abrir espacios de diálogo*. No quieren grandes discursos, sino trazos singulares en una historia de vida, hechos cargados de experiencia real y concreta, y comunicados con alegría (*Porta fidei* 17), la alegría de Cristo (*EG* 10). Quieren hombres y mujeres con quienes *compartir sus inquietudes y preguntas*, pero que no les den respuestas pre-fabricadas, sino que los *acompañen* en su itinerario vital hasta que *habiten su propia casa*; que les salgan al encuentro allí donde se encuentran; hombres y mujeres que *no les juzguen*, que *confíen plenamente* en ellos/as como sujetos y no los vean como objetos pasivos; hombres y mujeres que les *ofrezcan el Evangelio* de Jesús con *humildad* y que *persuadan* -no convenzan- con sus obras y sus palabras; hombres y mujeres que *estén en los lugares donde ellos -los jóvenes- se mueven*, y su espacio *natural es Internet*, y que posibiliten así que todos, sean quienes sean, se encuentren con ellos.

El acompañamiento es una mediación imprescindible para evangelizar hoy⁶⁷. Necesitamos hacernos expertos en acompañamiento, ofreciendo lo que nosotros también *gustamos* como mediación de crecimiento en Cristo; ayudar a conducir a cada

⁶⁷ Remito a la conferencia de LOLA ARRIETA, “Aquel que acompaña sale al encuentro”, donde de manera magistral introduce en el modo de acompañar hoy.

persona desde lo que *todavía no es* hasta lo que *está llamada a ser*; cultivar la mirada del corazón para ver a Dios incubándose en el corazón de cada persona⁶⁸.

La vida consagrada puede ofrecer acompañantes que se *comprometen libremente* con los jóvenes, con *roles diferenciados*, a *buscar juntos* las invitaciones que Dios les hace, a *acoger y descubrir* cuáles son los modos concretos de responder a la llamada que les llega en el interior de la vida, *determinándose* por aquellos que más conducen a la comunión de amor con Cristo y a la configuración de la vida con Él. Un acompañamiento en el que el Espíritu es quien en realidad conduce y acompaña.

Acompañar a los jóvenes supone ejercitarse en una mirada profunda, mantener los oídos atentos y el corazón vigilante, para:⁶⁹

- *Descubrir* todos los *movimientos, pensamientos, sentimientos, inspiraciones*⁷⁰ que se suscitan en el interior del joven al que se acompaña. Prestar atención en qué *dirección* ponen al joven, y si hay *concreciones* donde se plasman.

- *Ayudar a cultivar* la interioridad como apertura a la Transcendencia, como proceso que lleva del recibirse a la unión de amor con Dios en Cristo.

- *Despertar y/o reavivar* el deseo de Dios, como lo único que realmente configura, alienta y sostiene.

- *Alentar* a permanecer en el seguimiento de Jesús, contemplándole en sus maneras de querer, de pensar, de estar y de amar..., gustando y apreciando la Palabra.

- *Cultivar* una *atención exquisita* a lo que Dios susurra en la vida, en la *consciencia* que de ello se tiene, en la *ampliación de esa consciencia*.

- *Distinguir* lo que agrada a Dios de lo que no y *reconocer* los autoengaños.

- *Alentar* los cambios necesarios, a la luz de Cristo crucificado y resucitado.

- *Ayudar en el desarrollo de unos hábitos del corazón* (de interioridad), que vayan haciendo posible los vínculos profundos la realidad y con las personas, y más en sintonía con el corazón de Dios.

- *Fortalecer* el compromiso desde el amor que crea familia, y el *crecer* en libertad, manteniendo la atención a las trampas de la vanagloria, la soberbia, el desorden de los afectos, el miedo...⁷¹.

Cuando leemos los relatos bíblicos es frecuente que nos encontremos con mediadores que han ayudado a que otros se encuentren con Dios. Jesús mismo lo fue de sus discípulos/as. Las situaciones en que los encontramos nos dan pistas para el ejercicio del acompañamiento.

⁶⁸ JUAN MARTÍN VELASCO, "Mística y Pastoral Juvenil. La Mistagogía", *Revista de Pastoral Juvenil* (2015). Citado por Lola Arrieta, "Aquel que acompaña sale al encuentro", 28.

⁶⁹ Cf. LOLA ARRIETA, *Acoger la Vida, acompañando la vida. El acompañamiento en la vida cotidiana*, Frontera Hegian 26, Vitoria 2004³, 50-52.

⁷⁰ Cf. DARÍO MOLLÁ, "El discernimiento, realidad humana y espiritual", *Manresa* 82 (2010) 11.

⁷¹ Cf. DARÍO MOLLÁ, "El discernimiento", 13.

7.1. Cuidar de quienes le han sido confiados por el Padre: Jesús acompañante

La llamada a estar con él y compartir su Proyecto de Amor para la humanidad, es un proceso en el que Jesús se comprometerá con ellos en la gestación y alumbramiento de una Vida nueva en las condiciones ordinarias de la vida. La andadura que inician cuando son convocados a formar parte de la familia de los hijos e hijas de Dios, cuenta con un ACOMPAÑANTE privilegiado: Jesús⁷².

Jesús los ha acogido en su compañía como encargo del Padre: “tú me los has dado” (Jn 17,6). Se ha dispuesto a comprometerse con ellos/as y acompañarlos en esta travesía, desde la total apertura a la misión que el Padre le ha confiado (“Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste realizar”, Jn 17,4), identificado plenamente con ella. Se ha preparado con una oración prolongada, como cuenta Lucas antes de llamar a los Doce (“por aquellos días se fue al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios”, Lc 6,12). Ha subido a la montaña para dialogar con Dios de la misión y sobre quiénes han de compartir con él esa tarea. En sus primeros pasos se ha podido hacer ya consciente de que la mies es poca y los obreros pocos (cf. Mt 9,35-10,1), y de la urgencia de incorporar al Proyecto a otras personas. Ha subido a la montaña para recibir de Dios a quienes a partir de ese momento se incorporarán a su grupo, dialogando en libertad con él.⁷³ Ellos son para él un don (me los has dado; cf. Jn 17,2.6.9.11.24) y una tarea en la que Jesús mismo se siente Mediador (“que te conozcan a ti”, Jn 17,3; “les he dado tu Palabra”, Jn 17,14...). Así lo reconocen sus discípulos/as (“han reconocido verdaderamente que vengo de ti”, Jn 17,8).

La tarea de acompañamiento la explicita Juan de una manera bella en la oración de Jesús que recoge en el capítulo 17. El Jesús joánico se expresa así ante el Padre: “...cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros. Cuando yo estaba con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de la perdición...”, Jn 17,11⁷⁴. Se puede percibir en este texto la finalidad del acompañamiento que Jesús ha realizado con sus discípulos, y que ahora pide al Padre que continúe por medio del Espíritu, el Paráclito, que ha de guiarlos y recordarles cuanto Jesús ha dicho: lo esencial es mantener la unión con el Padre, manteniéndose unidos a Jesús por medio de su espíritu (cf. Jn 14,16-17). Así podrán transitar por la vida, sin que el mal les dañe y podrán ser testigos en medio del mundo de unidad, signo elocuente del amor de comunión que es Dios mismo y que alcanza en Cristo y por él a toda la creación.

Ananías fue mediación para Pablo: “Saúl, hermano, me ha enviado a ti el Señor Jesús que se te apareció en el camino por dónde venías, para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. Al instante cayeron de sus ojos unas como escamas, y recobró la vista; se levantó y fue bautizado. Tomo alimento y cobró fuerzas” (Hch 9,17-19). Son elocuentes las palabras de este texto del libro de los Hechos. Ananías llega hasta Pablo

⁷² Cf. ELISA ESTÉVEZ, “Claves bíblico-teológicas del acompañamiento en los evangelios. La experiencia de Jesús”, en M^a Rita Martín Artacho (coord.), *Acompañar. Una mediación para el encuentro*, CITEs, Ávila 2013, 43-87.

⁷³ Su oración es de comunión y libertad: recibe a quienes el Padre le da como don, y elige “a los que él quiso” (cf. Mc 3,13). Cf. ANTONIO BRAVO, *La oración del sacerdote, Sígueme*, Salamanca 2004, 108.

⁷⁴ Los verbos que Juan utiliza son sinónimos: “guardar”, “velar por”, “cuidar” (τηρήω), y “custodiar”, “guardar”, “proteger”, “preservar”, “velar” (φυλάσσω). El más frecuente en el NT es el primero de ellos y la mayor parte de testimonios los encontramos en el evangelio de Juan y en el Apocalipsis.

con la conciencia de haber sido enviado por Dios. No es iniciativa suya, sino de Dios; no va a hablar de sí mismo... sino de lo que Dios quiere. Su tarea como mistagogo: que Pablo recobre la vista, es decir, que descubra sus inadecuaciones, los desvíos en el amor, las trampas que le impiden reconocer al Señor... El contexto de acompañamiento en que acontece el encuentro ayuda es alimento y ayuda a Pablo a cobrar fuerza para el camino que emprende.

El sacerdote Elí ayuda a Samuel a ser consciente de quién le está llamando en la vida. Propicia que cultive una *atención exquisita* a lo que Dios le está susurrando en la vida, *ampliando la consciencia*. Le ayuda a descubrir qué movimientos, pensamientos, sentimientos, inspiraciones⁷⁵ se están dando en él y a prestar atención en qué dirección le ponen, y si hay concreciones donde se plasman.

Cuando Andrés y el otro discípulo escucharon a Juan referirse a Jesús como el “Cordero de Dios”, se sintieron tocados en el corazón y se pusieron a seguirle. Juan fue para ellos mediación y sus palabras, nacidas del corazón y atestiguadas con las obras, encontraron eco en ellos. Su testimonio sobre Jesús conectó con sus búsquedas más profundas. Por eso, sin mediar ninguna otra palabra ni acción, siguieron inmediatamente a Jesús. Juan fue la mediación, pero fue el Padre quien los atraía hacia él: “nadie puede venir a mí, si el Padre que me ha enviado no lo atrae” (Jn 6,44)⁷⁶.

7.2. Acoger la Vida acompañando la vida: el encuentro entre Jesús y el joven rico (Mc,17-22)

✚ *Anhelo de plenitud ... movimiento de salida y de retorno...*

Grávido de ser, el joven rico “corrió al encuentro de Jesús” (Mc 10,17). Lleva un germen en su corazón que busca desarrollarse y llegar a plenitud. Fue el deseo, y no la necesidad, lo que le movió a tomar la decisión de acercarse a quien valoraba como “maestro bueno” (Mc 10,17), y a abrirse con honestidad a un proceso. El joven presiente una plenitud deseada, que le atrae y moviliza sus fuerzas existenciales y espirituales hacia el bien que desea. Siente en sí el anhelo de ser, que no es otro que el deseo de formar parte de quien le hace ser, de Dios, en quien Él -y toda persona- vive, se mueve y existe (cf. Hch 17,28)⁷⁷. El joven lo expresa como “vida eterna”. En su deseo, el joven sale de sí mismo. La aspiración del bien que busca le lleva a autotranscenderse, aunque no ha tomado conciencia aún de la oscuridad o ambigüedad que tienen sus deseos. Y busca a alguien que intuye que puede ayudarlo en esa búsqueda: Jesús, cuyo *magnetismo* parece indudable cuando leemos los evangelios.

⁷⁵ Cf. DARÍO MOLLÁ, “El discernimiento, realidad humana y espiritual”, *Manresa* 82 (2010) 11.

⁷⁶ Muy certeramente San Juan Crisóstomo, *Homilía 18 sobre el evangelio de Juan*, 3, hace caer en la cuenta de que el Bautista tenía otros discípulos y que probablemente le han escuchado hablar de Jesús como el Cordero de Dios, pero no se dispusieron a seguir a Jesús, sino que continuaron con él, incluso con algo de envidia porque la gente se iba a bautizar con él y los dejaban solos (cf. Jn 3,26).

⁷⁷ “Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”, decía San Agustín (*Confesiones* libro 1, cap.1, n.1).

Ante el joven que llega corriendo y se arrodilla ante él (Mc 10,17), Jesús se detiene a conversar con él y le abre un espacio de confianza para que comparta sus inquietudes, la pregunta por el sentido de su vida. El joven le ha salido al encuentro sin esperarlo y Jesús no ha puesto excusas: “tengo que ir a otro lugar”, “me esperan”, “estoy cansado”, “vuelve mañana” ... El cuidado, expresión del amor que le tiene, lleva en sí una *dinámica de urgencia*... y no admite un «mañana» por respuesta. Con este simple gesto de pararse y no pasar de largo, Jesús muestra su accesibilidad y comunica a este joven que se interesa por él, que no es insensible a su búsqueda, que se hace cargo de su realidad.

No hay acompañamiento sin escucha⁷⁸. El joven se acerca a Jesús desde la necesidad concreta que tiene, o quizá desde el deseo. ¿Mal orientado? Eso no es lo importante ni lo decisivo para Jesús. De lo contrario muchos de nosotros ya estaríamos fuera de su órbita. Si Jesús le hubiera rebatido nada más escucharle diciéndole que lo que pide es una tontería... el joven se habría ido inmediatamente. Probablemente el joven rico cree que su búsqueda sincera, su deseo, se colma teniendo claro los requisitos que le llevan a la vida eterna y cumpliéndolos a la perfección. Jesús, sin embargo, abre para él un camino que, desde el reconocimiento de todo lo bueno que hay en él, le adentra en nuevas veredas. Así se lo transmite su mirada: “lo miró con amor” (Mc 10,21).

El joven conoce bien la Torah y ha vivido según sus preceptos. Jesús no disminuye el valor de su experiencia, sino que va al fondo, convencido de que “todo lo que acontece está preñado de señales de su presencia” (Arrieta, pag. 12). Encuentra los puntos de apoyo en los que el joven puede apoyarse para dar un salto de crecimiento en el amor. Es la praxis habitual de Jesús cuando acompaña a sus discípulos: a Natanael le reconoce *en la búsqueda sincera de Dios, aunque tuviera prejuicios hacia su persona* en un primer momento (Jn 1,45-51)⁷⁹, a los dos discípulos del Bautista el deseo de *ver dónde habita* (Jn 1,37-39); a Zaqueo, el esfuerzo para *tratar por todos los medios de verle* (Lc 19,1-10). En el diálogo con la samaritana, Jesús “primero le manifiesta que ella es digna de atención y no de desprecio. Luego, se le revela”, nos dirá el Crisóstomo⁸⁰.

Jesús no se escandaliza de que los deseos de quienes se acercan a Él o son discípulos suyos todavía no estén configurados por el Amor que Él les tiene. Sale al encuentro de su *violencia* y su *deseo de vencer* por encima de todo (“¿Quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?”; Lc 9,52)⁸¹, de sus deseos *de ser los primeros, de buscar la “gloria”, al estilo del mundo* (“Maestro, queremos que nos concedas lo que vamos a pedirte... Concédenos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu gloria”), de

⁷⁸ “Escuchar es el punto de partida de todo acompañamiento”, nos recuerda LOLA ARRIETA, “Aquel que acompaña sale al encuentro”, 7.

⁷⁹ Como dice, JUAN MANUEL MARTÍN MORENO, *Personajes del cuarto evangelio*, 72: “Natanael se sintió ‘reconocido’ en la sinceridad de su búsqueda hacia Dios”, ya que Jesús se refiere hacia él como un ‘israelita de verdad’ (Jn 1,47)

⁸⁰ SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilías sobre el evangelio de San Juan*, 31,4.

⁸¹ “La acción de Santiago y de Juan se deriva de su celo por YHWH, celo que recurre a todos los medios. El plan de Dios, tanto en el ministerio de Jesús como en el de los apóstoles de la Iglesia se realiza, sin embargo, no por la violencia, sino por la debilidad, es decir, por la aceptación del fracaso, del sufrimiento, de la finitud. Pero finalmente esta sumisión se revela como una fuerza, ya que corresponde a la voluntad de Dios. En esta fuerza es en la que Jesús se basa para oponerse al proyecto tentador de sus discípulos”. FRANÇOIS BOVON, *El evangelio según San Lucas II (Lc 9,51-14,35)*, Sígueme, Salamanca 2002, 45.

la *violencia que los autodestruye y daña a otros* (Mc 5,1-20), de su *egoísmo* que les hace olvidarse del sufrimiento ajeno (“podríamos –dice Pedro- hacer tres tiendas...”, Mt 17,4). Los acompaña con amor firme, solícito y paciente, en el largo camino de reorientación de sus deseos, acogiéndoles con sus luces y sus sombras, sus avances y sus retrocesos.

✚ Acompañar el camino hacia el corazón

El diálogo, la conversación, es el modo para desencadenar un proceso en la vida del joven. Éste ha llegado hasta Jesús con una pregunta de sentido de su vida: “¿Qué haré para heredar la vida eterna?” (Mc 10,17). Como la samaritana, desea el “agua viva”, el agua que ha de colmar su sed. Ninguno de los dos sabe cómo alcanzar aquello que busca. Jesús se encuentra con un joven en búsqueda que ha depositado su confianza en él. Desde el mismo momento que se ha decidido a preguntar a Jesús muestra su disposición inicial a hacer un proceso⁸². Jesús escucha la pregunta que ha surgido en el interior del joven. A partir de ese hecho concreto de vida, Jesús, como buen acompañante, irá conduciéndole hacia dentro, ayudándole a conectarse consigo mismo, escuchar la llamada de vida que late en su corazón y “dar a luz” el sueño de Dios en él, si consiente a ello.

El diálogo les dispone mutuamente a acogerse. El joven rico se ofrece libremente a Jesús, que se dispone libre y conscientemente a acogerlo; se desvela confiadamente ante Jesús que lo recibe con amor y le regala palabras que le provocan resonancias en su interior, sintiéndose interpelado a responder, a “decir-se” en verdad ante él mismo y ante su interlocutor, es decir, a “exponer-se” en y por la palabra, en y por los compromisos que está dispuesto a asumir⁸³.

Jesús le regala una “pregunta de vida”⁸⁴, que le ayuda a ahondar en lo que se está gestando dentro. Lo hace porque escucha con hondura a la persona en su situación concreta, con las claves que le da el contexto, el entramado de pertenencias que conforman su identidad. Su escucha es también empática, es decir, capaz de sentir o comprender desde dentro lo que el otro siente, sin juzgar, sin tomar partido, y sin “fundirse” con él⁸⁵. Pero, además, la escucha de Jesús es generativa, es decir, conecta

⁸² Cf. JUAN JOSÉ BARTOLOMÉ, *Jesús de Nazaret, formador de discípulos. Motivo, meta y metodología de su pedagogía en el evangelio de Marcos*, Editorial CCS, Madrid 2007, 178.

⁸³ Cf. XAVIER PIKAZA, *Palabra de amor, Sígueme*, Salamanca, 1983, 82.

⁸⁴ Las “preguntas de vida no hay que inventárselas, surgen del interior de los acompañados cuando escuchamos con hondura: ¿qué buscas con esto? ¿cómo te explicas lo que vives? ¿qué significado das a lo que te ocurre? ¿qué dudas te surgen? ¿qué preguntas te brotan?, y así un largo etc., según cada persona, situación, momento, contexto. Preguntas de vida, no inquisidoras, no interrogadoras: ¿Dónde estoy? ¿Qué busco? ¿A dónde quiero ir?”. LOLA ARRIETA, “Aquel que acompaña sale al encuentro”, 26.

⁸⁵ MIREILLE BOURRET, *El poder de la empatía. Una solución para los problemas de relación*, Sal Terrae, Santander 2011, 19. OTTO SCHARMER, *Teoría U. Liderar desde el futuro a medida que emerge*, 12, dice que esta escucha supone empezar a “ver cómo se despliega el mundo a través de los ojos de otra persona... Es una aptitud que requiere que activemos una fuente diferente de inteligencia: la inteligencia del corazón”.

con la mejor posibilidad futura que quiere emerger en el joven que tiene ante sí, sin confundirlo con él⁸⁶. Porque si así sucediera, “esa confusión arrastra la vida hacia atrás, en lugar de impulsarla hacia su madurez”⁸⁷. Y finalmente su escucha es espiritual, es decir, está atento al movimiento interior que se está dando en el joven, para devolverle por dónde se está abriendo paso la presencia de Dios y hacia dónde le está invitando a dar un paso que le compromete con el Proyecto que tiene para toda la humanidad.

No se engendra sin dolor

La conversación con Jesús abre al joven a una itinerancia que le desconcierta. La invitación a vender cuanto tiene y dárselo a los pobres le hace consciente de hasta qué punto está atado a sus riquezas y le cuesta compartir, es decir, le desvela dónde está su verdadera dificultad para alcanzar su deseo, la ambigüedad de su deseo, la pobreza y la fragilidad de su amor. Su confianza está en la seguridad engañosa que le dan las riquezas, y que le impiden, hacerse un “niño” que ha puesto toda su confianza en su Padre Dios⁸⁸ y buscar el bien de todos más allá del suyo propio. En el diálogo con Jesús toca su verdad, el desdoblamiento interior y la desorientación que padece. Pone nombre a su dificultad: ha confundido su deseo de vida eterna con las riquezas, y experimenta su falta de libertad para seguir a Jesús.

Necesita reorientar sus deseos, rehacer el camino de vuelta a casa. La invitación de Jesús le habla de que construir totalidades llenas de sentido⁸⁹ en las situaciones concretas de la vida, sólo es posible cuando se dejan atrás las búsquedas narcisistas, y el corazón y las entrañas se orientan hacia lo que les pasa a otros hermanos y hermanas, cuando brota el compromiso con sus luchas por la dignidad, la paz y la justicia. Esta es la radicalidad de la invitación que Jesús le hace al joven rico y que él no quiere acoger. El joven permanece atado a su pasado, no se desmarca ni de sus pensamientos ni de sus patrones de comportamiento antiguos. No está dispuesto a engendrar con dolor⁹⁰. No está dispuesto a dejarse a sí mismo y prefiere seguir cargado con su miseria, imposibilitándose así para crecer en el amor. Jesús lo deja marchar; no rebaja las exigencias de la llamada a ser discípulo suyo y servidor de sus hermanos/as. Jesús puede acompañar su lento dar a luz para que brote lo que anhela aparecer, como lo hace con sus discípulos/as, pero será firme, invitando sin cesar a una vida de radicalidad en el amor. Jesús está atento siempre a buscar en ellos ese intersticio por el que emerge ese anhelo de vida que se esconde en su corazón, “tira” de él y toma en sus manos su futuro⁹¹.

Cuando Pedro oyó hablar a Jesús por primera vez de la travesía de la cruz (Mt 16,21-23), no dudó en desanimar a Jesús: “¡Lejos de ti, Señor! ¡De ningún modo te sucederá eso!

⁸⁶ Cf. OTTO SCHARMER, *Teoría U. Liderar desde el futuro a medida que emerge*, 175. Esta escucha generativa produce lo que el autor llama “comuni3n” o “gracia”.

⁸⁷ JAVIER MELLONI, *Sed de ser*, 82.

⁸⁸ Cf. JOEL MARCUS, *El evangelio seg3n Marcos (Mc 8-16)*, 831.

⁸⁹ Expresi3n tomada de VIKTOR E. FRANKL, *La voluntad de sentido*, Herder, Barcelona 1988, 22.

⁹⁰ “No se engendra sin dolor... As3 de generosa es toda gestaci3n, as3 de radical: se deja abrir para que a trav3s de ese desgarramiento brote lo que busca aparecer”. JAVIER MELLONI, *Sed de ser*, 82.

⁹¹ Cf. DOLORES ALEIXANDRE, *Hacerse disc3pulo*, Editorial CCS, Madrid 2012, 9.

(Mt 16,22)”. La respuesta de Jesús, sin embargo, fue dura. Le enfrenta directamente: “¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Escándalo eres para mí, porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres!” (Mt 16,23). Al mismo tiempo, Jesús sabía que Pedro necesita de su ayuda para superar el escándalo de la cruz, que ha de acompañarle en sus idas y venidas, amarle en los tanteos de amor que va a ir haciendo, en el lento dar a luz de su ser de discípulo. Por eso, se lo llevó al monte, con Santiago y Juan, y se transfiguró ante ellos (Mt 17,1-8). Jesús seguirá acompañando a Pedro, como al resto de sus discípulos, hasta el último momento en el riesgo de aprender a caminar en libertad y poniendo toda su confianza en él.

Creer en la vida de la fe, en la decisión de seguir a Jesús pide un “mas”: “aun es menester más para que del todo posea el Señor el alma” (3M 1.5). Lo esencial es dar un paso más en el amor, que *el amor esté para sacar de razón*” (3M 1.5). Y esto significa atravesar el crisol de la prueba, es decir, dejar de apoyarse en sí mismo/a y en sus obras, y confiarse plenamente en Dios que actúa construyendo a cada persona desde su amor. La propuesta que Jesús hace al joven le desconcierta; descubre el rostro de un Dios totalmente trascendente que no se pliega a sus propios deseos, y que le presenta el único camino que es posible para crecer en la unión con Él: dejarse conducir por su amor por Dios dónde y como quiera⁹².

Discernir la llamada

Como a Elías, el profeta, Jesús prepara al joven con un proceso de purificación y discernimiento.

Jesús ha puesto en sus manos la facultad de elegir la vida que pone ante él. Le ha dado la posibilidad de ver y comprender el contexto que hace que el cambio al que le invita es necesario. La *vida eterna* que desea es el *tesoro del cielo* que puede alcanzar desprendiéndose de sus riquezas y disponiéndose a compartirlas con los pobres. Jesús le hace una devolución ampliándole la perspectiva, y presentándole no una propuesta cerrada, sino abierta. Para hacer su proceso, el joven necesita tomar conciencia del proceso y hacerse cargo de él. Esto significa que consiente a la acción del Espíritu en él y que asiente en libertad al proceso con lo que conlleva de búsqueda e itinerancia.

Jesús invita al joven a entrar en un proceso en el que ha de ir aprendiendo a reconocer en los pliegues y repliegues de su interioridad en diálogo con su exterioridad, lo que le expande y le abre más a la vida y lo que le repliega sobre sí mismo y le paraliza, impidiéndole habitar su propia casa y acoger en ella a quien llega y llama a su puerta, y abrirse a Dios que está a su puerta llamándole⁹³. Jesús le ayuda a discernir si su deseo es o no transparencia de Dios, indicador suyo, camino que le conduce hacia Él o no, y por ello le invita a ponerlo en relación con los otros que solicitan su amor. Y es en ese momento cuando el joven toma conciencia de la tendencia idolátrica que lleva en sí su deseo de vida eterna, de la inadecuación entre él y el sueño de Jesús para él⁹⁴. Su deseo de “vida eterna”, le dice Jesús, es inseparable del deseo preferente por los pobres con quienes está llamado a compartir sus bienes. Jesús le sueña como parte de una familia

⁹² Cf. MAXIMILIANO HERRÁIZ, *Introducción al Castillo interior*, Monte Carmelo, Burgos 2001, 64-65.

⁹³ XAVIER MELLONI, *El deseo esencial*, 164-165.

⁹⁴ Cf. JOSÉ ANTONIO GARCÍA, “«Cor inquietum». Dios y las voces del deseo”, *Sal Terrae* 84 (1996) 631- 634.

inclusiva, en la que todos se sientan a la Mesa compartida del Reino, y donde los pobres ocupan el primer lugar, y los expulsados son acogidos e incluidos.

Al mirarle Jesús le propone dejar su modo habitual de vivirse, y le invita a adentrarse en otra forma nueva, que se va pergeñando al ritmo del amor recibido y ofrecido. Jesús le invita a verse “en movimiento” (“ven conmigo”), listo para empezar algo nuevo, una nueva existencia que no le es familiar y que le adentra en caminos desconocidos, senderos que no sabe a dónde le llevan, porque están fuera de su marco estructural, el que le ha dado su grupo social y religioso. Jesús le pide convertirse en un “seeker”; le invita a *ser-con-él en el camino* (cf. Mc 3,14). Sin embargo, el joven rico opta por ser un “dweller”, elige la estabilidad, el lugar que le es familiar (y no un “lugar imaginado”, como el que le ofrece Jesús) y que le da orientación en sus decisiones, en sus apuestas....

Pero, para ello, debe vencer muchas resistencias externas e internas. El joven rico constata sus inercias, esas que le impiden avanzar. La propuesta de Jesús le pone en contacto con sus inadecuaciones, con esas zonas de sí mismo que tiene olvidadas o relegadas... y que le hablan de sus límites, de sus egoísmos... pero también le invita a reaccionar. Al hacerse consciente puede descubrir también dentro de sí sus posibilidades.

✚ “Frunció el ceño y se marchó triste, pues era muy rico” (Mc 10,22)

Sin embargo, al confrontarse con Jesús, el rico se marcha entristecido y desolado (*stygnasas*); se aleja además agobiado por la pena. Es incapaz de confiar en Dios de la forma que Jesús le sugiere⁹⁵. Se acercó con alegría a Jesús, pero las riquezas “ahogaron la palabra” (cf. Mc 4,16-19). Quería de verdad dar respuesta al deseo que llevaba dentro, “alcanzar la vida eterna”, pero para ello Jesús le ha invitado a dar un salto. El joven, sin embargo, ante el vértigo de la propuesta que le hace, decide no hacerlo. Su decisión le imposibilita alcanzar lo que desea. Ha preferido las seguridades que ya tenía. Está atrapado en su presente, apuesta por ser prudente y no correr el riesgo de lo desconocido. El miedo a perder, la inseguridad que experimenta, le llevan a agarrarse con todas sus fuerzas a sus riquezas. Salta a primer plano su “insaciable codicia” fruto de su angustia, su miedo y su inseguridad⁹⁶.

Para dar el paso hacia delante, Jesús le ha dado todo lo que necesita: su amor. Jesús le ofrece su “mirada amante”, que le lleva a la esfera de la gratuidad del Reino, y que tiene capacidad para liberarlo de la atadura de las riquezas. No le ha aplicado la Ley, encerrándole en el cumplimiento o no de las leyes, sino que le mira con *gracia transformante*. “Más allá de lo que alcanza el propio esfuerzo está el misterio de una vida donde, dejándolo todo por amor, se puede lograr todo”⁹⁷.

La “palabra/pregunta de vida” que le regala Jesús, “vende... y comparte” le ayuda a ahondar en la cuestión existencial que lleva dentro: plantearse los fines de su existencia

⁹⁵ Cf. JOEL MARCUS, *El evangelio según Marcos (Mc 8-16)*, 838.

⁹⁶ Cf. JOSÉ ANTONIO GARCÍA, “Más que perversos ignorantes. Una escuela del corazón”, *Sal Terrae* 88 (2000) 465-477.

⁹⁷ XAVIER PIKAZA, *Pan, casa, palabra. La Iglesia en Marcos*, Sígueme, Salamanca 1998, 281.

y lo que le mueve realmente a vivir. Le invita a adentrarse en su propio misterio personal, a verse como alguien que es más que su pasado, y que es capaz de mucho más de lo que anhela recibir⁹⁸. Jesús le invita a autotrascenderse, es decir, a “adentrarse en terrenos desconocidos, a superarse indefinidamente a sí mismo, a buscar lo que se esconde más allá de los límites de su conocimiento”⁹⁹.

Le hace volver la mirada hacia sí mismo y hacia los otros, y de manera singular, los otros vulnerables, caídos, los que están en las cunetas sociales y religiosas. Esa doble apertura le permite conectar con la profundidad de su corazón y del corazón de los otros. Jesús le invita a ahondar en una verdad que al joven se le escapa: el vínculo que le une a todos/as, más allá de su propia individualidad, la entrega gratuita de la vida como fuente de felicidad, la misericordia como plenitud de justicia y amor.

Todo esto le pide iniciar un proceso de transformación personal, le exige un trabajo sobre el propio yo, pero la clave de éste la aporta el diálogo posterior de Jesús con los discípulos, cuando profundiza con ellos sobre las riquezas: “Para los hombres es imposible, no para Dios; todo es posible para Dios¹⁰⁰” (Mc 10,27).

La clave no es apoyarse en sus propias fuerzas, en su sabiduría, sino en caminar con la confianza en que Dios hará nuevas todas las cosas. Jesús no le dice al joven que tiene que ser perfecto, magnífico o invencible, no le dice que no puede ser vulnerable. Lo único que le hace falta es aprender que a poner su debilidad en manos de Dios para que él haga de ella fortaleza, a dejar su barro frágil para que Dios lo moldee y le de forma; a recibir la luz de su Amor para que brille la esperanza.

7.3. El acompañamiento como mediación para crecer en comunidad

Pablo se sabe mediador del amor de Dios hacia ellos (Flp 1,25)¹⁰¹. Más aún, está firmemente convencido¹⁰² de que su presencia entre ellos (si le dan la libertad) es bendición para los filipenses y que su acompañamiento es una *mediación* necesaria para su crecimiento en Cristo, algo que ellos igualmente desean, comprometidos como están en la defensa y consolidación del evangelio (cf. Flp 1,7).¹⁰³ A lo largo de toda la unidad que forman los vv.12-26 del capítulo 1, Pablo ha ido desplazando continuamente la atención de sí mismo hacia Cristo y su evangelio. Ahora, al referirse a lo que podría suponer su presencia entre ellos después de su cautiverio, también lo hace. La hondura del pensamiento paulino es muy provocadora: el motivo de “orgullo” o “gloria” que

⁹⁸ “También nosotros somos misterio para nosotros mismos, receptores de mucho más que nuestro pasado y capaces de mucho más de lo que anhelamos recibir”. JAVIER MELLONI, *Sed de ser*, 61.

⁹⁹ FRANCESC TORRALBA, *Inteligencia espiritual*, Plataforma editorial, Barcelona 2010, 45.

¹⁰⁰ Cf. Mt 9,26; Lc 18,27.

¹⁰¹ Cf. “Filipenses: La carta de la fidelidad a Cristo y a su evangelio” en José Cristo Rey García Paredes – Fernando Prado (eds.), *“Sois una carta de Cristo” (2 Cor 3,3). XXXVIII Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2009, 241-305.

¹⁰² Así lo expresa el verbo que utiliza, “convencer”, “persuadir” (pei/qw).

¹⁰³ El concepto de mediación en el acompañamiento en LOLA ARRIETA, *Acoger la vida, acompañando la vida. El acompañamiento en la vida cotidiana*, Instituto Teológico de Vida Religiosa, Gasteiz/Vitoria 2004, 39-40.

experimentarán los filipenses no es lo bien que Pablo se haya podido desenvolver para conseguir su libertad, sino lo que Dios ha hecho a través suyo, el cuidado providencial que Dios ha tenido de su vida. De esta manera, Pablo sitúa su posible reencuentro, su acompañamiento y la mediación que supone dentro de la historia de salvación. El hecho de estar de nuevo entre los filipenses y animándolos a vivir según el evangelio es una invitación a que ellos pongan la confianza y la esperanza en Cristo Jesús. El orgullo o la gloria de la que habla Pablo se entiende mucho mejor a partir de una cita de Jer 9,22-23: no se trata de enorgullecerse de la propia sabiduría, fortaleza o riqueza, sino de comprender y conocer que el Señor obra la misericordia, el juicio y la justicia.¹⁰⁴ En ningún caso, suplantaré Pablo a Dios, que es quien actúa de manera providente y solícita, con él y con la comunidad. Es Dios quien realmente guía y acompaña al grupo de creyentes.

La conciencia de saberse embarcado en la misma misión que los filipenses y el deseo de acompañarlos en esa aventura a la que ellos han consentido desde el primer día que estuvo entre ellos, ha ido generando un profundo afecto hacia esta comunidad de Macedonia, tal y como se refleja en toda la epístola. En la acción de gracias inicial llega a expresar, “bien sabe Dios cuánto os quiero a todos vosotros en el afecto entrañable de Cristo Jesús” (Flp 1,8). Para Pablo su deseo de estar de nuevo entre ellos para ofrecerles su ayuda y mediación es expresión del amor de Cristo hacia los filipenses. El apóstol se sabe habitado por Cristo y, por ello, todo lo que haga a favor de los filipenses es el signo elocuente del amor de Dios en Cristo hacia esa comunidad.¹⁰⁵

La autoridad de Pablo para acompañar a sus comunidades radica en su propia disposición a vivir el evangelio que predica. El apóstol acompaña reconociéndose él también en el mismo proceso de llegar a esa plenitud de la fe, y abriéndose al discernimiento de la voluntad de Dios, en las difíciles circunstancias que le han sobrevenido y que le toca atravesar. La palabra que ofrece a los filipenses nace de su propia experiencia de dejarse conducir por el Espíritu; brota de estar él mismo embarcado en un proceso vital en el que se ha ido aquilatando su fe, purificándose y nutriéndose de una profunda e íntima relación con *su* Dios. Ellos y él participan de la misma historia de salvación y están comprometidos con el evangelio (Flp 1,12-26), de ahí que sus palabras tengan fuerza para movilizar a las comunidades en la dirección del evangelio y remitan constantemente a quien puede sostener y enviar una y otra vez, sin miedo, a la tarea de la evangelización. El mismo Pablo lo explicita al hablar de lo que ha supuesto para la mayor parte de la comunidad de Roma su encarcelamiento por Cristo: se ha visto “alentados en el Señor” y anuncian con mayor intrepidez y sin temor la Palabra (Flp 1,14). Es decir, al ver las consecuencias que ha tenido para Pablo el anuncio del evangelio, su confianza en el Señor se ha fortalecido.

Ambos, la comunidad y el apóstol participan juntos en la evangelización y asumen cada uno de manera diferenciada, pero al mismo tiempo semejante, las consecuencias de sufrimiento y dificultad que conlleva (“colaboración (*koinonia*) que habéis prestado al evangelio”, Flp 1,5; “participes como sois de mi gracia, tanto en mis cadenas como en la defensa y consolidación del evangelio”, Flp 1,7; participan de la misma lucha que Pablo, Flp 1,30). Una y otra vez, de manera persistente, Pablo incidirá en la semejanza de su

¹⁰⁴ Cf. GORDON D. FEE, *Paul's Letter to the Philippians*, 154-155.

¹⁰⁵ Cf. GORDON D. FEE, *Paul's Letter to the Philippians*, 95; PETER O'BRIEN, *The Epistle to the Philippians*, 71-72.

propio recorrido vital con el de los filipenses. Con ello busca, no sólo acreditar su palabra, sino también animar a los filipenses a vivir como él lo hace; en definitiva, a seguir el modelo de Cristo.¹⁰⁶

Pablo tiene también muy claro que su acompañamiento –que no es otro que el de Dios mismo- se alarga a través de sus colaboradores:¹⁰⁷ Timoteo y Epafrodito, porque ellos, como él, son *exempla* de Cristo. Esto queda especialmente subrayado cuando habla de Timoteo de quien dice que comparte la misma preocupación de Pablo por los filipenses: “nadie tengo que se le iguale en sincera preocupación por vuestros intereses”.¹⁰⁸ Como en otras ocasiones, Timoteo, que es uno de los colaboradores más importantes de Pablo, será enviado en cuanto sea posible con el fin de afianzar y dar ánimo en la fe (1Tes 3,2; 1Cor 4,17). Timoteo es un modelo para los filipenses ya que no se guía por sus propios intereses, sino por los de Cristo (Flp 2,21; cf. 2,4), y en este sentido es una persona que cuida especialmente de la comunidad, haciendo visible así el amor con que Dios les ama. En él se transparentan, por tanto, los mismos sentimientos de Cristo, tal y como fueron explicitados en el himno de Flp 2,4b-11.

Con el envío de Epafrodito, Pablo desea que los filipenses se llenen de alegría, un tema sobre el que volveremos más adelante. Pablo pide que lo tengan en gran estima porque, al igual que él, “ha estado a la muerte, arriesgando su vida para compensar vuestra ausencia en servicio mío” (Flp 2,28-30). Con esta apelación, Pablo les recuerda a los filipenses dónde están en realidad las bases del honor para aquellos que se confiesan ciudadanos/as del cielo (cf. Flp 1,27; 3,20): en adherirse a la causa del evangelio de tal manera que nada ni nadie socave su fidelidad y pueda apartarlos de ese camino. El honor no reside en ostentar su ciudadanía romana, sino en ser como Jesús, el Siervo y el Señor, y mostrar en su conducta sus mismos sentimientos (Flp 2,4b-11).

Timoteo y Epafrodito son testigos bien concretos y cercanos de vivir según el evangelio. A través de ellos Pablo hace llegar su cercanía y su aliento a la comunidad de Filipos para que no decaigan en su fidelidad a Cristo.

7.4. Dios es quien realmente acompaña: una convicción paulina

Pablo está convencido de que el verdadero acompañante es Dios mismo. Los filipenses recibieron la llamada de Dios; es él quien inició la “obra buena”, es decir, la obra de la gracia que comenzó en el momento en que les fue anunciado el evangelio y que llevará a cumplimiento “hasta el Día de Cristo Jesús”, refiriéndose con esta fórmula a la parusía o segunda venida del Señor (Flp 1,6). El convencimiento de Pablo está formulado con el verbo “persuadir”, “confiar”, y esa confianza cierta en que los filipenses y él mismo se reciben de Dios es un fundamento más para expresar su acción de gracias en el comienzo de su carta (Flp 1,7).

¹⁰⁶ Cf. STEPHEN E. FOWL, *Philippians*, 54.

¹⁰⁷ En este sentido, WAYNE A. MEEKS, *Los primeros cristianos urbanos*, 151, afirma: “Estos colaboradores no se limitan, pues, a informar, sino que ayudan al mantenimiento de las relaciones personales que los dirigentes desean reforzar”.

¹⁰⁸ Esto es lo que expresaría el término *iso/yuxon*, “igual en alma”, un vocablo que aparece exclusivamente aquí en el NT y solo una vez en los LXX (Sal 54,14). Cf. PETER O'BRIEN, *The Epistle to the Philippians*, 318.

Previamente ha agradecido a Dios, fuente de todo bien, la vida de los filipenses y su colaboración constante con el evangelio (Flp 1,3.5). El apóstol manifiesta su persuasión de tal manera que no tiene ninguna duda de que es así, de que es Dios quien acompaña y guía a los filipenses, quien les da su fuerza y sostiene su vida en Cristo (Sal 2,11; 11,1; 25,2; 57,1; 118,8, etc.).¹⁰⁹ Su confianza no incide sobre las obras de los filipenses, aunque previamente las ha reconocido y las agradecido, sino en Dios mismo que actúa en ellos de manera creadora y sustentadora.¹¹⁰ De ninguna manera él se apropia de lo que corresponde a Dios, tanto en el inicio, como en el crecimiento que se da en la vida en Cristo en los creyentes. Y, al mismo tiempo, comunica a los filipenses una verdad sobre la que volverá más adelante en la carta, en concreto en el capítulo tercero, y es que la “obra buena” no es sin más su colaboración con Pablo en la extensión del evangelio, sino la obra de la salvación que Dios va realizando en ellos (“en vosotros”, Flp 1,6). La llamada al seguimiento ha significado experimentar en sus vidas el trabajo creador de Dios mismo (cf. Gen 2,2; Is 44,1-6).¹¹¹ Su respuesta a la llamada no es sino el reconocimiento de quien les comunica su potencia creadora y de quien hace una apuesta por ellos como sujetos libres que pueden realmente responder a la invitación hecha.

Esta importantísima verdad se refleja de nuevo en la conclusión de su oración de intercesión (Flp 1,11) donde pide que sus amigos de Filipos lleguen a estar “llenos de los frutos de justicia que vienen de Jesucristo”. Ese “por medio de Jesucristo” enfatiza el convencimiento de Pablo de que los frutos solo pueden ser dados y regalados por Cristo mismo. De nuevo el apóstol incide en un aspecto esencial del crecimiento en la vida de la fe: no son ellos mismos, ni sus potencialidades o sus esfuerzos, los que producen el fruto, ni tan siquiera él que les anunció el evangelio y que les sigue acompañando en la vida, sino solamente Jesucristo. Ellos y él dependen totalmente de Cristo.

De manera repetitiva e incisiva, el apóstol volverá sobre ello, sabiendo lo importante que es para los filipenses esta verdad: “es Dios quien realiza en vosotros el querer y el obrar” (Flp 2,13), una verdad que desea ver cumplidamente realizada en él mismo, que perdió todas las cosas y las ha tenido por basura, con tal de “ser hallado en él [Cristo], no con la justicia mía, la que viene de la Ley, sino la que viene por la fe en Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada en la fe” (Flp 3,9). Pablo les invita a ser conscientes de esa Presencia que se les dirige personalmente y que les otorga el ser dándose, pero que pide igualmente de ellos/as la acogida, la aceptación, el reconocimiento.

¹⁰⁹ La certeza que tiene el apóstol se expresa mediante el tiempo del verbo “persuadir” (pei/qw), un participio de perfecto. Pablo podría estar influenciado en el uso del verbo “persuadir”, “confiar”, por las oraciones que se encuentran en los salmos. Cf. PETER O'BRIEN, *The Epistle to the Philippians*, 64.

¹¹⁰ El o/ti con el que comienza la cláusula siguiente es recitativo e introduce el motivo, la causa de la confianza cierta que Pablo tiene. No está, por tanto, referido a lo que expresó en el v.5, es decir, a la colaboración de los filipenses con el evangelio desde el primer día hasta hoy. Cf. PETER O'BRIEN, *The Epistle to the Philippians*, 63.

¹¹¹ Cf. PETER O'BRIEN, *The Epistle to the Philippians*, 64.

8. Algunos itinerarios para crecer en la fe en las sociedades actuales

El encuentro con Jesús lleva a vivir de fe, lo cual solo se hace posible “viviéndolo cada día”¹¹². Se desencadena un proceso de crecimiento de vida y de fe que se plasma en cambios muy concretos en el estilo de vida, en el modo de pensar y de sentir, en la manera de valorar e interpretar cuanto sucede...

¿Qué oportunidades se nos ofrecen para acompañar itinerarios que ayuden a cultivar la interioridad y el encuentro con Dios? ¿Cómo partir de lo que viven y sienten los jóvenes, de lo que les gusta y atrae, de sus dificultades... para hacer con ellos, como compañeros, el viaje hacia el interior, más aún, hacia el encuentro con Jesús y a la implicación en su Proyecto del Reino? ¿Cómo dialogar con todo ello desde la convicción de que el tiempo de los jóvenes y el nuestro es *un tiempo germinal, un tiempo oportuno para crecer y desplegarse en el amor?*

8.1. Convertirse en personas “desplazadas”

A la hora de pensar en estos itinerarios no hay que olvidar que Jesús pidió a sus primeros seguidores/as que abandonasen unas formas de vida *adquirida* que compartían con su familia, su entorno social, y se dispusieran a iniciar una senda *apenas transitada* para incorporarse a la nueva familia de Jesús. Atrás iban a quedar determinadas formas de entenderse y entender la vida, en último término de concebir y desarrollar su ser personal, su concepción de la ciudadanía, de la amistad, de los bienes, etc.

Jesús les pide que, por amor a su persona y por identificarse con su Causa, consientan a que se tambalee la *consistencia* con la que enfrentan la vida, con la que se orientan en la vida cotidiana, miran la realidad que les rodea y la entienden “con parámetros conocidos y seguros”. Jesús requiere igualmente de ellos que esa matriz desde la que traducir y a la que referir todos sus conocimientos y modos de comprender la realidad cambie radicalmente. En síntesis, les pide que dejen atrás y reordenen sus *códigos de interpretación de las cosas compartidas en la vida cotidiana* (valores, actitudes, formas de actuar y de pensar) y se dispongan a desear primero e identificarse después con otros que nacen de la experiencia de comunión con Dios. Les pide que, como él, se conviertan en “personas desplazadas”, dejando atrás la estabilidad y la seguridad que ofrecen *los lugares conocidos* para adentrarse por sendas no transitadas,¹¹³ con una sola confianza, la que les ofrece la propia persona de Jesús y su Proyecto encarnado y hecho vida en él mismo.

Jesús les pide que se muevan (“sígueme”), que dejen sus lugares conocidos, aunque todavía no les indica cuál es el nuevo lugar hacia el que se dirigen o la nueva familia a que pertenecerán. En definitiva, sus discípulos reciben la invitación a “reordenar sus pertenencias”, es decir, a estar abiertos para confrontar y discernir, a la luz del Reino, el sistema de apoyos, seguridades y lealtades con los que caminan en la vida.

¹¹² Cf. LOLA ARRIETA, *Itinerarios en la formación. Pistas para el camino del seguimiento de Jesús*, Frontera Hegian, Vitoria 2007, 45.

¹¹³ Cf. HALVOR MOXNES, *Poner a Jesús en su lugar. Una visión radical del grupo familiar y el Reino de Dios*, Verbo Divino, Estella 2005, 95.98.

A continuación, podemos ir viendo cómo Jesús acompaña a sus discípulos/as en algunos de estos itinerarios que pueden darnos luz para propiciar experiencias que ayuden a madurar en la experiencia de la fe, con todo lo que supone de entrar en un proceso de rehabilitación, restauración y recreación de la propia vida, que lleva adelante el Espíritu, y a permanecer ahí con la fuerza de su Amor.

8.2. De una mirada autorreferencial a encontrarse con los otros, dejarse afectar e implicarse

La puerta de entrada a la interioridad son los sentidos y los jóvenes valoran especialmente la capacidad de sentir¹¹⁴. No es el intelecto lo más importante para ellos. Ahí está su oportunidad y la nuestra para acompañarlos en el viaje hacia lo profundo de sí mismos, donde Dios les espera, y para abrirse a los otros, dejarse afectar e implicarse. A través de los sentidos, con toda la riqueza que nos ofrecen, es posible descubrir “la belleza caleidoscópica de la vida”¹¹⁵. Los estímulos visuales y sonoros, del tacto y los sabores, las experiencias emocionales son la puerta de entrada al contacto consigo mismos/as, con los otros/as y también con Dios.

Pero los sentidos necesitan también ser educados, pasando de la sensualidad, atrapada en lo que satisface, dependiente e incapaz de renunciar a los placeres que provoca una sobreexcitación de los sentidos a una sensibilidad que implica un goce que descentra, que abre, y no es posesiva, que lleva a autotranscenderse, llevando hasta quien es la Belleza, el Bien y la Verdad¹¹⁶. En la sociedad del espectáculo, donde la sobreestimulación de los estímulos visuales y sonoros parece que es lo que hace sentir que se está vivo y en sintonía con otros, se hace necesario educar los sentidos para *sentir* con el otro/a, para que las *miradas* se encuentren, para *tocar* con amor la debilidad propia y ajena, para escuchar el latir del corazón de la gente, de la naturaleza... como Jesús.

Los discursos racionales alejan a los jóvenes, por ello es preciso ofrecer itinerarios que conecten con sus modos de comprenderse y expresarse, que les ofrezcan experiencias y no enseñanzas, historias, “parábolas”, imágenes, música, arte... y puedan ir tejiendo en su interior una experiencia creyente con fuerte impacto autobiográfico, que les caliente el corazón y los abra al compromiso. Pero, no es suficiente, los jóvenes están invitados a hacer una itinerancia para aprender a sentir como Jesús, es decir, para aprender a mirar, a tocar y escuchar, como Jesús, dejando que se conmuevan sus entrañas y brote entonces su compromiso con cada persona y cada realidad.

La sensibilidad de los jóvenes hacia todo aquello que se puede sentir y palpar es una oportunidad para proponerles itinerarios de proximidad a las personas y a la realidad, experiencias de encuentro que les ayuden a prestar atención a la realidad, a detenerse ante las personas y las situaciones para *atenderlas con esmero*, pero también para

¹¹⁴ Cf. ANTHONY DE MELLO, *Sadhana*, Sal Terrae, Santander, 1994, 17.

¹¹⁵ Cf. CARLOS GONZÁLEZ VALLÉS, *Ligero de equipaje. Tony de Mello, un profeta para nuestro tiempo*, Sal Terrae, Santander, 1987, 144.

¹¹⁶ Cf. JAVIER MELLONI, *El deseo esencial*, 110.

dejarse captar y afectar por ellas, más aún, para dejarse transformar y correr el riesgo de comprometerse.

*Esto supone aprender a mirar, escuchar y tocar de una manera diferente. Implica estar en disposición permanente de aprender a contemplar la realidad como ella misma se revela, detenerse para situarse y “recorrer” la distancia que separa del otro/a y atreverse a tocarle, y reconocerle como hermana y hermano. Supone cultivar la capacidad de atención, espabilar todos los sentidos, movilizar todas las energías; en definitiva, hacerse *receptivamente activos*, acogiendo y recibiendo a los otros/as, cuidando de ellos/as con amor.*

Así fueron los encuentros de Jesús con las personas: sus manos son fuente de conocimiento y reconocimiento, hontanar del que fluye energía liberadora, sanadora y divinizadora. Tocando suavemente o comunicando firmeza para que los que están caídos se alcen, Jesús les confirma como imagen y semejanza del Dios creador, sanciona su dignidad inalienable, les ofrece su respeto y atención, y les desvela que Dios es amor entrañable que se hace próximo y cercano en sus gestos.

A través de los ojos de Jesús le percibimos receptivo de la realidad, abierto, sin preconcepciones que anulen su capacidad contemplativa de la realidad, sin prisas (Jesús se sentó a las puertas del Templo; Mc 12,41). Jesús es capaz de alzar los ojos, es decir, de no quedar atrapado por la mirada introspectiva y encerrada en su propio mundo, sino abierta, dirigida hacia las otras personas. Es un ejercicio continuado, reposado (“miraba”; Mc 12,41) que le permite valorar los acontecimientos desde dentro, adentrarse en el interior de las personas, descubrir la Vida que está en ellas.

Los diálogos de Jesús con las personas, sus palabras y silencios, son sanadores y restauradores. En ellos cada persona vive la experiencia de saberse escuchada y atendida en su situación concreta y, en muchos casos, en su sufrimiento. En más de uno, los evangelios nos dejan percibir cómo las personas que se encuentran con Jesús, pueden decirse ante alguien, de expresar los deseos más hondos de su corazón, y en muchos casos sentir que sus gritos de ayuda fueron escuchados y su clamor tuvo respuesta, abriéndose para ellos/as la posibilidad de una historia con futuro. El espacio de diálogo experimentado les devuelve la confianza, les confiere autonomía y les gana para el Reino. La palabra acogida y ofrecida es generadora y creadora. La escucha ha propiciado un espacio restaurador y reparador en el que acontece la palabra liberadora.

8.3. De caminar en soledad a ser comunidad en misión

No se trata de invitar a los jóvenes a implicarse en tareas, o de ofrecerles unos grupos donde sentirse afectivamente seguros y confiados, sino de ofrecerles unos itinerarios de crecimiento en la fe donde aprenden a amar, confiar y esperar plenamente en Dios, en los que van aprendiendo a tejer la hermandad con quienes son diferentes y donde van dando pasos de compromiso en la vida cotidiana con esa difícil singularidad que se aprende junto a Cristo crucificado. Las sendas del discipulado son paradójicas, suscitan preguntas entre los cercanos, abren sendas contraculturales en medio del mundo.

Hoy es preciso ofrecer a la vez itinerarios de fe compartida en los que se pueda hacer proceso en compañía de otros, cuyo testimonio de vida anima y alienta a vivir según el Evangelio. Los jóvenes viven en un mundo en el que valoran las conexiones, los vínculos, los afectos. La web les favorece tener innumerables amigos, intercambiar ideas, experiencias, sentimientos... Se entienden a sí mismos viviendo conectados. Valoran la inteligencia compartida, los espacios colaborativos, los procesos realizados en equipo... De ahí la necesidad de una pastoral que ofrezca la posibilidad de grupos donde construir relaciones cercanas y palpables; pero, no solo. Es preciso ofrecer grupos en los que narrar y compartir historias de vida, interrogantes y búsquedas, alegrías y sufrimientos de cada día, y a través de las cuales se pueda ir reconociendo la presencia de Dios que no cesa en su empeño de acompañarlos en la travesía de la libertad, un Dios que se interesa por sus existencias y por su destino, que les muestra su rostro paciente y amoroso, y también les muestra el camino. En definitiva, se trata de ofrecer COMUNIDADES donde puedan ir aprendiendo a contarse mutuamente su historia personal y colectiva narrada por Otro y donde vayan aprendiendo a comunicarse desde el corazón, a generar vínculos profundos con otros/as, a implicarse en una misión compartida. Se trata de crear condiciones de posibilidad para que los jóvenes y las comunidades puedan vivir su vida cotidiana en dinámica de proceso, “crear dinámicas de profundización e intercambio comunicacional en lo que concierne a la vida, a la fe y a la misión”¹¹⁷.

Desde los comienzos de su misión, Jesús eligió hacer el camino con otros/as, implicándoles en el proyecto del Reino. La proclamación del Reino no fue un camino en solitario, sino que supuso incorporarse a un movimiento al que unían vínculos estrechos de fraternidad y misión, y que, para algunos, además, supuso una comunidad de vida. Para unos y otros el centro de su comunión fue Jesús mismo y su Proyecto de Amor. A partir de ese momento, inició para ellos un itinerario vital compartido, en el que personal y comunitariamente serán acompañados por Jesús. A lo largo del camino aprenderán a *acoger* y *asentir* a la Palabra, a *consentir* a la provocación del Amor que se da en el exceso, en la entrega completa de la vida, para que la historia sea Mesa compartida y Casa común. En diálogo con Jesús reorientarán sus deseos, sanarán sus debilidades, se fortalecerá en ellos la llamada a “hacer familia”, el deseo de comunión, el envío a la misión...

“Un solo corazón y una sola alma”: el regalo de ser una comunidad de vida

La dinámica que hace crecer a una comunidad de fe es ofrecerse la narración “del misterio que Dios va realizando en la existencia de cada una/o” (Felipe Fernández Alía), brindarse el proceso de gracia que solo él va realizando en *nuestro ser en relación*.¹¹⁸ Y esas narraciones crean, sin duda, comunidad. Así lo hacía Pablo: “os transmití en primer lugar lo que yo a mi vez recibí” (1Cor 15,3). Por el filtro de la fraternidad, por la fe compartida, por la lectura teológica del grupo han de pasar también las historias

¹¹⁷ Cf. LOLA ARRIETA, *Itinerarios en la formación. Pistas para el camino del seguimiento de Jesús*, Frontera Hegan, Vitoria 2007, 37.

¹¹⁸ Ver en este sentido: LOLA ARRIETA, *Comunicación. Comuniión. La comunidad: mediación de encuentro y compromiso*, Instituto Teológico de Vida Consagrada, Vitoria 1996, 69-77.

cotidianas de encuentro, los estilos de vida, la manera de entender y *enfrentar* la existencia, los diálogos con nuestro cuerpo sexuado...

Esta fue la praxis también de Jesús con sus discípulos. La transformación de sus vidas que inició con la llamada y su respuesta, no se verificó de un día para otro, sino que fue larga en el tiempo, se va haciendo en diálogo con Jesús, abriéndose a su lado a la confrontación de lo que viven y hacen en su nombre. Después del envío a sanar y predicar, Marcos nos dirá: “Los apóstoles se reunieron con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado” (Mc 6,30).¹¹⁹ El diálogo con ellos, las enseñanzas que les va comunicando en las comidas compartidas, las parábolas que les explica, las experiencias en que los va implicando ... posibilitan que vayan comprendiendo, acogiendo y viviendo como él. Jesús no se lo dirá todo de golpe, sino que los irá adentrando poco a poco, gradualmente, de modo que puedan ir “dirigiendo”, y haciendo realidad en sus vidas la entrega completa de la vida como él.¹²⁰ Pero, la direccionalidad de sus vidas se les irá mostrando cada vez con más claridad: el servicio como el de Jesús: “El hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida como rescate por muchos” (Mt 20,28). Jesús les llamó a reorientar su vida de una manera completamente nueva (“ser pescadores de hombres”, Mc 1,16-20), les envió a sanar toda enfermedad (Mc 6,7.12 y par.), les mandó ir por los caminos sin alforja, sin bastón, sin dinero... (Mc 6,8), les encargó ser mediadores repartiendo el pan a las multitudes (“dadles vosotros de comer”, Mc 6,37; 8,6); pero llegó un momento en que les introdujo en lo que significa entregar la vida plenamente (la transfiguración, los tres anuncios de la Pasión y las comidas del relato de la pascua).

 ***“Tened pasión por los dones del Espíritu para la edificación de la Iglesia”: ser comunidad de dones***

La comunidad se construye cuando cada persona se deja encontrar y sorprender por los dones de los otros/as, consintiendo que se *hagan* Palabra en la propia vida, dejando que interpelen la existencia. La comunidad es el lugar de ofrecerse gratuitamente los dones recibidos, acogerlos como gracia encarnada, como bendición ofrecida, como oportunidad para descubrir el Rostro de Cristo en cada persona: En cada uno/a es posible descubrir al Cristo que profetiza, al que trabaja incansablemente por la justicia, al que confiado plenamente en el Padre se lanza a correr todos los riesgos, al que con su palabra nos llena de su sabiduría, al que siempre acoge, al que permanentemente se vive a la escucha del Padre, al que sana los corazones enfermos....

¹¹⁹ El paralelo mateo suprime esta información (Mt 14,13) y el paralelo lucano la abrevia (“Cuando los apóstoles regresaron, le contaron cuanto habían hecho”, Lc 9,10)

¹²⁰ Cf. LOLA ARRIETA, *Itinerarios en la formación. Pistas para el camino del seguimiento de Jesús*, Frontera Hegan, Vitoria 2007, 51.

Esto supone un ejercicio de RECONOCIMIENTO. *El reconocimiento activa la empatía, el interés por cada persona, a quien se acoge como alguien único e individual, a quien se valora y se quiere, acogiéndola en su coyuntura vital.*

Cuando se es comunidad de dones se aprende a *creer que cada persona -sea quien sea, tenga los talentos que tenga, etc.- es un ser libre dignificado que plasma su propia vida en cooperación y reciprocidad con otros, y no siendo modelado de forma pasiva o manejado como si fuera una marioneta o un animal de rebaño.*¹²¹

La comunidad de dones se construye cuando en la vida cotidiana se cree que cada uno/a es un “sujeto con capacidades humanas”, reconociendo en su capacidad concreta y real de hacer y de ser, de acuerdo a una idea intuitiva de la vida que corresponda a la dignidad del ser humano.¹²²

Este reconocimiento es vital para todos/as, pero de manera singular para las nuevas generaciones que, de no ser así, no se adentrarán en un proceso de crecimiento humano y creyente. Sin reconocimiento de sus capacidades y obras, y sin reconocimiento de su mundo de referencias simbólicas y culturales no es posible hacer camino con ellos/as, ni se sentirán llamados a formar parte de una comunidad cristiana o de una comunidad religiosa.

El documento preparatorio del Sínodo nos recuerda que los jóvenes “encontrarán atractiva a la comunidad cristiana cuanto más la experimenten acogedora hacia la contribución concreta y original que pueden aportar”¹²³, lo que supone una radical conversión en los modos de estar y hacer con los jóvenes, en el modo de recibirlos y acogerlos en las comunidades, en los espacios que a veces perciben fríos, distantes, “encorsetados” y rígidos, “con olor a alcanfor”.

Una comunidad de dones, con estas características, y en torno al Dios de Jesús que ha regalado a cada persona “su multiforme gracia” (1Pe 4,10), va aprendiendo a ofrecer y acoger la diversidad y la pluralidad de dones que Dios ha otorgado a cada persona y que va construyendo y haciendo posible ser comunidades en misión.

Un proceso comunitario vivido así genera confianza, algo fundamental para toda persona y desde luego para las generaciones más jóvenes que valoran especialmente los vínculos. Para los jóvenes, si la experiencia o el grupo no es fuente de optimismo, de bienestar, de felicidad... si no les ofrece la capacidad de soñar juntos... si sienten que su presencia es incómoda o inútil, rápidamente abandonarán. En los procesos personales o grupales que se les ofrezcan necesitan sentirse que su presencia es necesaria y significativa, que se cuenta con ellos y se reconoce su valía. Necesitan experimentar que se confía realmente en sus capacidades, es decir, no solo en lo que hacen sino en lo que están en condiciones de hacer, subrayando sus oportunidades y sus libertades.

¹²¹ Cf. MARTHA C. NUSSBAUM, *Las mujeres y el desarrollo humano*, Herder, Barcelona 2002, 113.

¹²² Cf. MARTHA C. NUSSBAUM, *Las mujeres y el desarrollo humano*, 32.

¹²³ “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”, http://www.vatican.va/roman_curia/synod/documents/rc_synod_doc_20170113_documento-preparatorio-xv_sp.html

✚ “Dadles vosotros de comer”: Comunidades en misión

En la vida comunitaria es esencial sentirse convocados para realizar un proyecto evangélico en común. Las comunidades que se nutren permanentemente de la Palabra escuchada, acogida y consentida, del Amor entregado y ofrecido gratuitamente, están igualmente invitadas a buscar a Dios en el interior de la vida, a rastrear los acontecimientos cotidianos, a insertarse en el corazón de la historia, a detenerse, analizar e incluso estudiar las coyunturas históricas con toda su complejidad, para descubrir el paso de Dios, su Palabra en medio, tantas veces, de tanta oscuridad y de tanta cerrazón, en medio de tantas realidades que nos causan escándalo y tienen el peligro incluso de hacernos perder la esperanza. Y para alentar el compromiso personal y grupal al estilo de Jesús.

La comunidad es el ámbito en el que poder preguntarse junto: ¿cuáles son las *huellas* de Dios en esta historia? ¿qué *preguntas* y *cuestionamientos* nos llegan de nuestros contemporáneos, de los países del Sur, de las gentes que no interesan ya ni como consumidores en este sistema neoliberal? ¿qué *insinuaciones*, qué *sugerencias* nos llegan desde las realidades concretas? ¿qué *conversión* está pidiendo de nosotros ese Dios encarnado en las personas concretas, en las situaciones que atravesamos, en los conflictos que vivimos, en las debilidades soportadas, en los sufrimientos de los inocentes...? ¿Qué pasos de implicación y compromiso estoy/estamos llamados a dar?

En el camino con los jóvenes es preciso que llegue el momento de ofrecer, no solo experiencias afectivas y emocionales, en las que se sientan bien y hagan muchos amigos, sino de ayudar a que se encuentren con la vida, con sus dolores y sufrimientos, con sus alegrías... con la necesidad de implicarse activamente en ese Reino que Jesús anuncia.

La llamada a implicarse en la tarea del Reino queda expresada en la primera multiplicación de los panes con ese imperativo de Jesús a sus discípulos: “Dadles vosotros de comer” (Mc 6,37; Mt 14,16). Jesús responde a la necesidad de la gente como “buen pastor” (“al desembarcar, vio mucha gente, sintió que se le conmovían las entrañas, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas”)¹²⁴, y les ofrece palabra y mesa compartida. Pero no quiere hacerlo solo, sino con sus discípulos, aquellos y aquellas que hacen camino con él. Es una buena ocasión para adentrarlos en su manera de hacer y comprender las cosas.

Los discípulos quieren despedir a la gente hambrienta porque ya es tarde (Mc 6,35-36). Seguramente piensan que ya es hora después de largas jornadas de misión (cf. Mc 6,6b-13.30). Sin embargo, Jesús, les dice: “dadles vosotros de comer” (Mc 6,37), y les pregunta: “¿Cuántos panes tenéis?” (Mc 6,38), es decir, ofreced y compartid gratuitamente lo que tenéis.¹²⁵ El hecho de vida es ocasión de gracia para ellos que

¹²⁴ La imagen del buen pastor es una imagen mesiánica (Num 27,17; Jer 23,4; Ez 34,23; Sal 23).

¹²⁵ “El sentido y coste de este gesto, que nos hace pasar de los doscientos denarios de la compra al signo de los panes y peces compartidos, se ilumina desde la mujer del vaso de alabastro (14,3-9) que unge a Jesús con un perfume caro. Los que aquí piden doscientos denarios aludirán allí a trescientos que podrían servir para alimentar a los pobres. Jesús defiende a la mujer, diciendo que ella lo ha hecho bien, le ha ungido para entregar su propio cuerpo (vida) por los demás. Este es el principio de toda eucaristía:

comprenden que el Reino es mesa compartida, es banquete en el que todos quedan saciados y, además, sobra; es entrega gratuita. Pero, sobre todo, es una oportunidad más que la vida, y Jesús en ella, les brinda para crecer concreta y tangiblemente en libertad y responsabilidad, para “encargarse” (respuesta práctica) y “cargar” (firme disposición a “sanar” la realidad) con la realidad porque, aunque los textos no lo expliciten, se “han hecho cargo de ella”, es decir, la han comprendido y tienen una valoración de la misma.¹²⁶

Jesús comparte con ellos cómo se deja afectar en lo más profundo de su ser por el dolor y el sufrimiento de personas y colectivos: “Siento compasión de esta gente, porque hace ya tres días que permanecen conmigo y no tienen qué comer” (Mc 8,1-2; Mt 15,32). Ante la muchedumbre hambrienta y excluida de los destinos de la sociedad, ante los ciegos del camino, ante la viuda sola e indefensa, ante el leproso marginado y condenado por la ley judía, ante la mujer extranjera que le pide ayuda, Jesús experimenta que sus entrañas se le conmueven.¹²⁷ Comparte con sus discípulos que le duele el pueblo, le duele la tierra, le duele la historia, porque los pobres, los marginados y excluidos, sus hermanos y hermanas, están despojados y abatidos, están oprimidos e injustamente tratados. En este hecho de vida, como en otros, los discípulos aprenden que este profundo sentimiento le lleva a reaccionar ante la vulnerabilidad ajena y a hacerse solidario con el dolor humano, ofreciendo respuestas compasivas que devuelven la dignidad, la integridad, la fortaleza, la vida, la alegría y la esperanza, más allá de la ley; respuestas, que restauran igualmente las relaciones socioculturales. A partir de este hecho de vida, les comunica que la misericordia es experiencia fundante de una *nueva creación*, y que, desde ella, las claves de comprensión de la existencia humana se recrean, porque los débiles se fortalecen, los ignorantes se hacen sabios, los oprimidos son liberados, a las mujeres se les restituye su dignidad y los muertos recobran la vida. Pero la paradoja es aún más desconcertante si ellos/as, los/as que no cuentan para nada, pasan a ocupar un lugar preferencial en la mesa del Reino. Ellos y ellas, son invitados a adentrarse en un movimiento de amor y misericordia que se ofrece gratuitamente a todos y todas.

Pero, además, las multiplicaciones de los panes son una invitación a construir el reino desde abajo, desde los últimos, desde los que más lo necesitan. Es decir, los discípulos son invitados a vivir un “ÉXODO DE SÍ SIN RETORNO”, “repartiéndose” entre la multitud necesitada y siendo solidarios especialmente de los más débiles y empobrecidos, como Jesús mismo”.¹²⁸

entregar lo que uno es, dar lo que tiene (panes y peces o perfume), para compartirlo con los otros”. XAVIER PIKAZA, *Pan, casa, palabra. La Iglesia en Marcos*, Sígueme, Salamanca 1998, 165, nota 23.

¹²⁶ Cf. JON SOBRINO, *Fuera de los pobres no hay salvación*, Trotta, Madrid 2007, 18-19, donde retoma el pensamiento de Ellacuría al respecto.

¹²⁷ Cf. Mt 9,36; 14,14; 15,32; 20,34; Mc 1,41; 6,34; 8,2; 9,22; Lc 7,13.

¹²⁸ BRUNO FORTE, *La esencia del cristianismo*, Sígueme, Salamanca 2002, 102.